

EL ESTABLECIMIENTO
DEL TEATRO EN CHILE

DESPUES DE LA INDEPENDENCIA

I

Hacia mui pocos meses que el ejército patriota habia triunfado en Maipo, cuando el redactor del *Argos de Chile* pedia en el número 14 del tomo 1.º, fecha 3 de setiembre de 1818, que «la ciudad de Santiago, madre de un estado libre, presentase a los extranjeros, a mas de las corridas de toros, carreras de caballos i peleas de gallos, un teatro decente,» en el cual pudieran exhibirse piezas como *Roma Libre*, *La Muerte de César*, etc.

Aquel escritor reconocia que era mui difícil organizar en Chile una compañía de cómicos «por la indiferencia con que se habia mirado entre nosotros el talento de la declamacion seria i jocosa, la música, el canto i la danza teatral;» pero proponia que se encargara una a Europa, i que miéntras tanto, se formara una *Sociedad del buen gusto del teatro*, la cual deberia dedicarse a arbitrar los medios de componer una compañía provisional para que funcionara en algun edificio que el gobierno podia facilitar.

Don Ramon Briseño, en la *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*, señala como redactores del *Argos* al conocido escritor don Juan García del Rio i a un señor Rivas, caraqueño.

Tengo razones de peso para no aceptar esta asercion.

El Argos de Chile duró desde el 28 de mayo de 1818 hasta el 19 de noviembre del mismo año.

Pues bien, don Juan García del Rio redactó *El Sol* desde el 3 de junio de 1818 hasta el 5 de febrero de 1819.

No puede caber la menor duda sobre esto último, porque García del Rio firma con sus iniciales G. R. el prospecto del *Sol*.

Costaria ya mucho trabajo admitir que en aquella época una misma persona redactase simultáneamente dos periódicos diferentes que se proponian igual objeto.

El hecho no es imposible, pero es difícil.

Hai mas todavía.

Al despedirse el editor del *Argos*, declara que «los autores del *Duende* i del *Sol* merecian el aprecio público por su erudicion, elocuencia i puntualidad.»

Me parece fuera de duda que don Juan García del Rio no se habria elojado a sí mismo.

Por último, el presbítero don Isidro Pineda, escritor contemporáneo, aseguraba el 15 de julio de 1818, en el prospecto del periódico titulado *El Chileno*, que el *Argos de Chile*, el *Duende* i el *Sol* eran dirijidos por tres personas diferentes, i las tres extranjeras.

Las consideraciones precedentes me obligan a pensar que no debe atribuirse a don Juan García del Rio el mérito de haber sido el primero que promovió el establecimiento de un teatro en este país despues de la independencia.

Pero fuera quien fuera el redactor del *Argos*, era evidente que procedia en este asunto de acuerdo con el gobierno del director supremo don Bernardo O'Higgins, quien manifestaba particular empeño en que se organizaran representaciones dramáticas.

Precisamente desde 1817, se estaba prestando marcada atencion al fomento del teatro en la ciudad de Buenos Aires, a la cual tomaban entónces en todo por modelo las personas ilustradas de Chile.

La idea de formar una *Sociedad del buen gusto del teatro*, i hasta el nombre de la asociacion, eran una imitacion de lo que se habia practicado en la capital del Plata.

En junio de 1817, el gobernador intendente de Buenos Aires habia constituido una sociedad con la denominacion mencionada para encomendarle la direccion del teatro, el cual ántes habia estado corriendo a cargo del gobierno.

Fueron miembros de ella, entre varios otros, los poetas don Vicente López, el autor de la cancion nacional arjentina, i don Estévan Luca, el cantor de la victoria de Chacabuco i de la toma de la *Esmeralda*; don Ignacio Núñez, redactor del *Argos* de Buenos Aires, i autor de las *Noticias Históricas de la República Arjentina*; don Jaime Zudáñez,

hábil abogado que tuvo parte importante en la revolucion de Chile; i por fin, nuestro Camilo Henríquez, que a la sazón escribia en aquella ciudad *El Censor*.

Este último acojió el pensamiento con tanto ardor, que compuso dos dramas sentimentales: *La Camila*, que se imprimió; i *La Inocencia en el Asilo de las Virtudes*, que no mereció siquiera semejante honor.

La *Sociedad del buen gusto del teatro* no dió a estos dramas la importancia desmedida que les atribuía su ilustre autor.

I preciso es confesar que obró en justicia, porque son sumamente mediocres.

Pero el amor de padre cegó a Camilo Henríquez, que no pudo perdonar a sus colegas la indiferencia que les habian manifestado.

Todas estas discusiones i movimientos de Buenos Aires tenian eco en Santiago.

Aquella tragedia titulada *Roma Libre* (que era la compuesta por Alfieri, i no la debida a la pluma de Voltaire), cuya exhibicion recomendaba el redactor del *Argos de Chile*, habia sido representada en Buenos Aires para celebrar el paso de los Andes i la victoria de Chacabuco, aplicándose su producto al socorro de los soldados muertos en tan gloriosa campaña.

Sin embargo, no se pudo organizar en Santiago una sociedad semejante a la del buen gusto del teatro, fundada en Buenos Aires.

Entónces, el director don Bernardo O'Higgins, que deseaba mucho el establecimiento de representaciones dramáticas, pidió a uno de sus propios edecanes el teniente coronel don Domingo Arteaga que tomara a su cargo la realizacion de aquella idea.

Aunque Arteaga era hombre activo i aficionado a este jénero de espectáculos, opuso desde luego resistencias, i solo consintió en aceptar, segun lo declara en una esposicion dirigida al público en marzo de 1823, porque no se encontró otro «que echara sobre sus hombros una obra siempre ruinoso en un país que estaba naciendo recién al gusto i esplendor.»

El empresario trabajó con el mayor teson hasta disponer por lo pronto, allá a fines de 1818, un teatro provisional, que estuvo en la calle de las Ramádas, frente al puente de Palo, en el sitio ocupado ahora por la casa número 24.

En el *Sol*, fecha 1.º de enero de 1819, leo lo que sigue: «En vista de lo concurrido que ha estado el teatro, es un dolor que no se piense con seriedad en edificar un buen coliseo permanente. Entónces se podrian corregir los defectos e irregularidades que se notan en el actual.»

El teatro provisional fué trasladado en mayo de 1819, de la calle de las Ramádas a la de la Catedral, donde se le destinó, en el antiguo edificio del Instituto Nacional, el salon que ahora ocupa la escuela de la *Union de Artesanos*, i que debe ser derribado pronto para formar la nueva plaza proyectada.

Allí se principiaron los espectáculos con las representaciones consecutivas de las piezas tituladas *Roma Libre*, *Hidalguía de una Inglesa* i *Diablo Predicador*, que se ofrecieron al público en las noches del 30 i 31 de mayo, i 1.º de junio.

Pero, aunque este local proporcionaba mayores comodidades que el de la calle de las Ramádas, siempre era mui estrecho para la concurrencia, i dejaba mucho que desear.

Por esta razon, el activo Arteaga no tardó en construir un edificio especial para representaciones dramáticas en la plazuela de la Compañía, hoi de O'Higgins.

Este teatro, el primero permanente que ha habido en Chile, se levantaba en el sitio ocupado actualmente por la casa número 98.

Su estreno se hizo el 20 de agosto de 1820, aniversario del santo patrono del director O'Higgins.

La *Gaceta Ministerial de Chile*, número 58, tomo 2.º, fecha 19 del mismo mes i año, anunció con complacencia la inmediata apertura del nuevo establecimiento.

«Si los esfuerzos del ciudadano que ha querido empeñar toda su actividad i escasa fortuna en esta escuela de las costumbres, dijo, no corresponden a todo su deseo, al ménos él tendrá siempre el mérito de un atrevimiento noble, i ejecutado con mejoras superiores a lo que podia esperarse en un tiempo en que se hacen contraste la pobreza del país i sus glorias.»

El nuevo teatro, ademas de los asientos de platea, tenia dos órdenes de palcos i una galería, i podia contener mas o ménos mil quinientos espectadores.

En el telon se habia estampado con letras doradas esta inscripcion:

Hé aquí el espejo de virtud i vicio;
Miraos en él, i pronunciad el juicio.

Ella era produccion del ingenio mas admirado de la época, don Bernardo Vera i Pintado.

Vera contaba que se le habia ocurrido oyendo misa.

Habria sido de preguntarle si habia concebido asistiendo a alguna funcion teatral las estrofas a *Cristo Crucificado*, a la *Magdalena* i otras

sobre temas piadosos que compuso para ser colocadas en las paredes de la antigua casa de ejercicios espirituales de Santa Rosa.

Ha de saberse que Vera se mostraba tan pródigo de su dinero, como de sus versos. Los hacía para todos, i sobre todo.

Por desgracia, es preciso confesar que la santidad del templo le inspiró versos poco felices para el telon del teatro.

El poeta habria debido advertir que la Musa profana no habita en el santuario.

La pieza que se ejecutó el 20 de agosto de 1820 en el teatro de la Compañía fué el *Caton de Utica* de Addison.

La concurrencia era numerosísima. El director O'Higgins i sus ministros se hallaban presentes.

Ha llegado ahora la oportunidad de traer a la memoria el oríjen i las vicisitudes de la cancion nacional chilena, que se acostumbra cantar en las fiestas cívicas, i aun en algunas que no podrian ser clasificadas entre ellas, pero que desde el principio, i entónces mas que despues, se reputó una de las solemnidades indispensables de los espectáculos teatrales. Estaba espresamente ordenado que el canto de la cancion nacional precediera a todas ellas, i así se practicaba.

Don José Zapiola ha escrito, primero en el *Semanario Musical*, número 5, fecha 8 de mayo de 1852; i posteriormente, en la *Estrella de Chile*, número 2, tomo 1, fecha 13 de octubre de 1867, que en aquella ocasion, se estrenó la cancion nacional cuya letra habia compuesto don Bernardo Vera i Pintado, i cuya música era obra del profesor chileno don Manuel Róbles, violinista notable, «de aventajadas, aunque incultas disposiciones,» segun lo dice el mismo señor Zapiola en el *Semanario Musical*.

Es esta una inexactitud, que me creo obligado a rectificar, por lo mismo que reconozco la competencia del señor Zapiola en estas materias, i que sé que su memoria es por lo jeneral mui fiel.

La cancion nacional se tocó i cantó por la primera vez en las fiestas de setiembre de 1819.

El presidente del senado don Francisco Antonio Pérez comunicó por oficio de 20 de setiembre del año citado al director supremo don Bernardo O'Higgins que aquella corporacion «habia visto con placer la cancion que éste le habia acompañado, i que ella merecia justamente el nombre de *Cancion Nacional de Chile*, con que el senado la titulaba.»

«Puede Vuestra Excelencia, decia Pérez a O'Higgins, mandarla imprimir, repartiendo en todo el estado ejemplares, i al Instituto i

escuelas para que el 28 del presente saluden el día feliz en que Chile dió el primer majestuoso paso de su libertad.»

El mismo 20 de setiembre de 1819, el director O'Higgins promulgó el precedente acuerdo del senado; i entre otras cosas, ordenó que «al teatro se pasaran cuatro ejemplares para que al empezar toda representacion se cantase primero la cancion nacional.»

La *Gaceta Ministerial de Chile* insertó la composicion de Vera el 25 de setiembre de 1819; i el *Telégrafo*, otro periódico que a la sazón existia en Santiago, el 28 del mismo mes i año.

El *Telégrafo* fué redactado, segun don Ramon Briseño en la *Estadística Bibliográfica de la literatura chilena*, por don Juan García del Rio; pero segun una nota manuscrita puesta al frente del ejemplar que existe en la Biblioteca Nacional de Santiago, por don Joaquin Egaña, hijo de don Juan i hermano de don Mariano.

En este caso, me parece indudable que la asercion de Briseño es la verdadera.

El *Telégrafo* era un periódico descubierta i enérgicamente anticlerical, cuyo autor no pudo ser jamas un Egaña.

Recuérdese que frai Tadeo Silva, en los *Apóstoles del Diablo*, se lamentaba de que don Manuel Sálas hubiera llamado a Chile a Camilo Henríquez «despues que nos habíamos librado del célebre García del Rio, que derramaba en sus periódicos las mismas ideas que el *Mercurio*.»

Ahora bien, García del Rio no escribió en el *Sol* cosa mayor contra la intolerancia i la dominacion teocrática; mientras el *Telégrafo*, que duró desde el 4 de mayo de 1819 hasta el 2 de mayo de 1820, sobresalió por sus ataques en este sentido.

Para mí es incuestionable que frai Tadeo Silva se referia especialmente a este periódico, cuyo redactor era don Juan García del Rio, quien lo fundó al poco tiempo de haber terminado el *Sol*.

He entrado en la precedente disertacion, porque me interesaba dejar bien establecido cuál fué el crítico que prodigó al autor de la cancion nacional chilena los desmedidos elojios que pueden leerse en el *Telégrafo* número 37, fecha 28 de setiembre de 1819.

Hé aquí sus palabras:

«¡Gracias al Supremo Ordenador de los mundos, que ha pasado ya el tiempo en que la trompeta venal i mentirosa de nuestros poetas no se empleaba sino en lisonjear el orgullo de los tiranos de la América! La sabia naturaleza, en su marcha imperturbable, nos ha proporcionado otra época mas venturosa, época en que los poetas son los cantores de las grandes acciones que ilustran a la humani-

dad, i escojen por héroes a los hombres que reúnen el valor i la virtud.

«La cancion que ha compuesto el doctor don Bernardo Vera, i ha sido adoptada como nacional por el excelentísimo senado i su excelencia el supremo director, hace honor a Chile. En la armonía i cadencia de sus versos, léjos de imponerse silencio a la razon humana, conserva la poesía el clarín verídico que ha de resonar en la estension de los siglos, como que anuncia, por decirlo así, la voz de la posteridad; i la juventud, formada por semejantes modelos, i entusiasmada por lo sublime de semejantes pensamientos, tendrá ideas exactas de la verdadera grandeza, i sabrá encaminarse, con semblante animado i placentero, a la victoria o al sepulcro, cuando lo exija la Patria.»

La que precede es una muestra notable de las alabanzas demasiado exajeradas que los contemporáneos suelen prodigar a ciertas composiciones literarias.

La cancion de Vera se halla mui distante de tener, sea bajo el aspecto del metro, sea bajo el de los pensamientos, el mérito extraordinario que le atribuia don Juan García del Río; pero tiene el peculiarísimo de haber sido escrita por uno de los principales autores de la independencia de Chile a los pocos meses de la victoria de Maipo i de la toma de Valdivia, i de haberse asociado a ella los mas gloriosos i placenteros recuerdos.

La esperiencia ha manifestado que no puede ser reemplazada aun por himnos mas armoniosos i poéticos.

Hai constancia fehaciente de haber sido compuesta en 1819, no solo la letra, sino tambien la música de la cancion nacional.

El *Telégrafo*, número 39, fecha 8 de octubre del año citado, describiendo las fiestas cívicas de setiembre, que se habian trasferido del 18 al 27 i dias siguientes, enumera entre ellas la marcha nacional, que tocaron las bandas de los cuerpos del ejército durante los fuegos artificiales que hubo en la plaza la noche del 27; i menciona ademas que en la mañana del 28, se entonaron en el mismo sitio «himnos i canciones patrióticas.»

Para que no quede la menor duda acerca de este punto, léase el documento que sigue:

«La cancion patriótica, cuya composicion encargó Su Excelencia el Supremo Director a Usted ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional del 18 de setiembre, habiendo primero merecido el título de cancion nacional por sancion de los poderes legislativo i ejecutivo. Su Excelencia tiene la mayor satisfaccion de que haya Usted desempe-

ñado su encargo manifestando un entusiasmo i brillantez propios de su acendrado patriotismo i acreditado talento. De orden suprema, tengo el honor de comunicarlo a Usted para su satisfaccion. Dios guarde a Usted muchos años.—Ministerio de Estado.—Octubre 2 de 1819.—*Joaquin de Echeverría*.—Señor Doctor Don Bernardo Vera.»

La funcion teatral del 20 de agosto de 1820 comenzó, pues, por la cancion nacional, que se cantó entónces, no por la primera vez, como lo ha escrito el señor Zapiola, sino por la vijésima o quincuajésima, quién sabe por cuál, en cumplimiento de lo que habia ordenado el decreto ya mencionado del 20 de setiembre de 1819.

Hubo sí en aquella ocasion la circunstancia especial de ser el director de la orquesta don Manuel Róbles, el artista chileno que la habia puesto en música.

Es mas que probable que el autor de los versos, don Bernardo Vera, estuviese igualmente presente, porque era mui aficionado a los espectáculos teatrales.

No quiero dejar esta materia sin concluir la historia de nuestra cancion nacional.

El himno patriótico de Vera fué cantado con la música de Róbles hasta fines de 1828, en que llegó otra compuesta por el maestro español don Ramon Carnicer, quien la habia dedicado al ministro de Chile en Lóndres don Mariano Egaña.

La nueva música se estrenó en una funcion dada el 23 de diciembre de 1828 a beneficio del director de orquesta del teatro de la Compañía don V. T. Masoni, primer violinista italiano distinguido que ha venido al país.

Ahora dos palabras acerca del compositor Carnicer, cuya obra ha sido preferida por los chilenos a la de don Manuel Róbles.

Nacido el año de 1789 en una poblacion de Cataluña, falleció en Madrid solo el 17 de marzo de 1855.

Fué autor de varias óperas italianas que, a lo que dice Mr. F. J. Fétis, obtuvieron un éxito feliz, particularmente la titulada *Adela de Lusignan*, «que fué recibida con entusiasmo.»

Merece llamar la atencion la coincidencia de que el autor de la música con que ahora se canta la cancion nacional de Chile fuese tambien el que compuso las vijilias con orquesta que se ejecutaron en las exequias de Fernando VII.

Carnicer fué compositor bastante fértil i variado.

Segun Fétis, es autor de gran número de himnos nacionales.

Rossini declaró en una conversacion al literato español don Pedro

Antonio de Alarcon, a lo que éste refiere en su libro *De Madrid a Nápoles*, que consideraba a Carnicer «un grande artista.»

La música compuesta por Carnicer para la canción nacional chilena hizo caer, no solo en desuso, sino también en olvido la música de Róbles.

Solo dos o tres personas conservaron en la memoria algunos trozos. Por fortuna, don José Zapiola la retuvo entera.

A instancias de don Juan Jacobo Thomson, el antiguo redactor en jefe del periódico titulado *Las Bellas Artes*, Zapiola la copió el 15 de octubre de 1868. Sin esta casualidad, se habría perdido para siempre.

La letra escrita por Vera para la canción nacional corrió mejor fortuna, que la música compuesta por Róbles.

Cuando se aplacaron los odios enjendrados por la guerra de la independencia, varios de los españoles residentes en nuestro país manifestaron que no les parecían propias de la concordia restablecida entre hombres por cuyas venas circulaba la misma sangre, i que hablaban el mismo idioma, ciertas espresiones demasiado violentas u ofensivas que había en el himno patriótico.

Estos votos fueron benévolamente acogidos.

El popular poeta don Eusebio Lillo recibió en 1847 el encargo de trabajar para la canción nacional una nueva letra inspirada por un espíritu conciliador.

Efectivamente desempeñó con acierto la comisión; pero aunque sus versos son superiores a los de Vera por la métrica i el sentido, los del último son por lo comun cantados con preferencia. No es difícil descubrir la razón que hai para ello.

El teatro de la plazuela de la Compañía, el cual había sido fabricado de madera, duró solo hasta fines de 1826.

Entre tanto, el público había tomado gusto a los espectáculos dramáticos i sentía el no tenerlos.

Esto hizo que don Carlos Fernández, asentista del *Café de la Nación*, establecido en una casa que ya no existe, i que se levantaba en el costado oriental de la plaza de la Independencia frente a la Catedral, hiciera arreglar bajo la dirección del benemérito profesor don Andres Gorbea una sala en que pudieran darse unas cuantas funciones.

El patio, amoblado con unos malos bancos, era el que servía de platea.

Aquello, según el *Verdadero Liberal*, número 49, fecha 22 de junio de 1827, parecía corral de títeres, mas bien que casa de comedias.

Sin embargo, la falta de otro mejor i la afición a las funciones dra-

máticas que se habia despertado fueron causa de que el *Teatro Nacional*, como se le denominaba, estuviera concurridísimo, desde el 25 de febrero hasta el 17 de junio de 1827.

He podido consultar un estado de sus entradas i gastos, el cual manifiesta haber habido para el dueño del café una ganancia líquida de tres mil trescientos noventa i tres pesos, deducidos los gastos i la porcion que correspondia a los actores principales.

Durante aquellos meses, don Domingo Arteaga no habia permanecido ocioso.

Viendo la necesidad que se esperimentaba de un teatro cómodo, i conociendo demasiado que el *Nacional* no la satisfacía, solicitó con fecha 10 de agosto de 1827 la cooperacion de los aficionados para levantar otro nuevo en el sitio de la plazuela de la Compañía.

Para realizar el proyecto, pedia diez mil pesos, en cambio de los cuales daría cédulas de a cincuenta pesos, que ganarian el seis por ciento anual.

Cada año se amortizarían veinte de ellas mediante un sorteo.

Los accionistas, mientras lo fuesen i un año despues que dejasen de serlo por la amortizacion de sus cédulas, gozarían del beneficio de pagar una cuarta parte ménos que los demas a la entrada, i una tercera parte ménos en el importe de palcos i lunetas.

En lo sucesivo, el precio fijo de la entrada sería dos reales (veinte i cinco centavos) por persona; el de la luneta, dos reales; el de los palcos tomados para una funcion dos pesos cuatro reales; i el de los mismos por temporada, dos pesos.

Estos precios solo podrian subirse en caso de que el empresario trajese compañía de baile o de ópera.

Las accionistas no tendrían derecho a la rebaja en los beneficios de los actores.

La prensa, uno de cuyos órganos, el *Verdadero Liberal*, número 17, fecha 9 de marzo de 1827, habia sostenido que el gobierno debia tomar parte en la empresa, aplaudió con entusiasmo la idea de Arteaga.

Distinguióse, entre otros, la *Clave*, que en su número 12, fecha 23 de agosto de aquel año, se espresaba como sigue: «El asentista del antiguo teatro, don Domingo Arteaga, está trabajando uno nuevo en el mismo local en que aquel estuvo. Su aficion a esta clase de empresas, i la práctica que debió adquirir en el largo tiempo que se ha empleado en ellas, hacen esperar que la capital de la República poseerá ántes de mucho un establecimiento tan impor-

tante i necesario al progreso de las luces i a la reforma de las costumbres.»

El empresario alcanzó a reunir ochenta acciones de las doscientas que habia solicitado.

Entre ellas, se contaban seis de la municipalidad de Santiago.

Pero al tiempo de ir a hacerlas efectivas, hubo catorce individuos que se retractaron.

Así quedaron solo sesenta i seis accionistas.

Entre éstos, don Diego Portáles, don José Tomas Ramos, don Blas Réyes i don Francisco Llombar renunciaron a las ventajas que se les habian ofrecido.

Ademas de los mencionados, aparecen como accionistas los jenerales don Francisco Antonio Pinto, que era vice-presidente de la República; don José Manuel Borgoño, que era ministro de la guerra; don Manuel Blanco Encalada, que desde el principio habia sido uno de los mas ardorosos favorecedores del establecimiento del teatro en Chile; su hermano don Ventura, que era ministro de hacienda; don Melchor José Ramos, que era oficial mayor del ministerio del interior i el principal redactor de la *Clave*; don José Passaman, uno de los médicos mas acreditados que ha ejercido su profesion en este país; i otras personas mas o ménos notables por diversos títulos.

En mayo de 1830, la municipalidad de Santiago condonó al empresario, no solo los trecientos pesos, valor de las seis acciones que habia tomado, sino tambien todos los intereses que dichas acciones habian ganado.

A pesar de tan exiguos recursos, Arteaga logró concluir, allá por el mes de octubre de 1827, su teatro, cuya obra habia encomendado al constructor don V. Caballero.

Los émulos del empresario i los enemigos de las representaciones teatrales corrieron la voz de que era un edificio endeble que amenazaba ruina.

A fin de parar el golpe, Arteaga hizo examinar el nuevo teatro, primero por el ingeniero don Santiago Ballarna, i en seguida por el de igual clase don Andres Gorbea, los cuales declararon que era suficientemente sólido.

Ademas, se pidió a las personas facultativas que, si lo tenian a bien, pasaran a reconocerlo en presencia del dueño i del constructor «para satisfacer cualquier defecto o reparo que le encontrasen respecto a su firmeza i seguridad.»

Gracias a estas medidas, pudieron desvanecerse las aprensiones producidas por los malévolos rumores que se habian circulado.

El nuevo teatro se abrió a principios de noviembre de 1827, segun lo entiendo.

Aun en aquella época, comparativamente ya adelantada, eran en extremo pobres los aparatos que se empleaban en la escena.

Los asistentes al teatro de Santiago no pudieron contemplar hasta el 4 de octubre de 1828 una decoracion bien pintada de salon rejio.

La funcion en que se exhibió estaba dedicada al vice-presidente don Francisco Antonio Pinto, de cuyo santo patrono era aniversario aquel dia.

Se representó una tragedia, compuesta por un poeta arjentino, *Dido* de don Juan Cruz Varela.

La funcion principiό con una alocucion, obra de don José Joaquin de Mora, la mejor pieza de esta clase que hasta entόnces se hubiera recitado en el teatro chileno.

Voi a copiarla aquí, porque no ha sido incluida por este autor en la compilacion de sus poesías.

Don es del cielo, grato a los mortales,
 La incorrupta virtud; don es del cielo
 La benéfica mano que a los males
 Presta blando consuelo;
 Don suyo es el celoso patriotismo,
 Noble desprendimiento de sí mismo,
 Que de la Patria en el augusto templo
 El propio ser gustoso sacrifica;
 Que con loable ejemplo,
 Del valor los esfuerzos santifica;
 Don del cielo es en fin el majistrado
 Con estos altos dones adornado.

Tú lo alcanzaste, Chile venturosa,
 Tú, cuya suerte rije jenerosa
 Diestra amistosa mano,
 Que el rigor inhumano
 Nunca manchó, ni corrupcion impura;
 Mano firme i segura,
 Que la prudencia guia,

I la misericordia blanda i pia;
 Tú, en cuyo centro la elevada silla
 Con el fulgor de las virtudes brilla.

Vímosla inconvencible en los furoros
 De horrenda sedicion, i hoi cimentada
 En el afecto público la vemos.
 De ella parten mandatos protectores
 De la virtud humilde i agobiada;
 I a su sombra benéfica acorremos,
 Cuando el hierro traidor nos amenaza,
 O la falsía horribles planes traza.

Salud al hombre ilustre que el destino
 A la Patria concede.
 Bajo su mando se abre majestuoso
 Ese libro divino
 Que labra nuestra dicha, i al que cede
 Frenético i rabioso
 De la discordia el jenio aborrecido.
 Por siempre vivirá su nombre unido
 Al código inmortal que el pueblo acata.
 En vano se desata
 De los siglos la rápida corriente.
 Su nombre sonará de jente en jente,
 Mientras den los mortales
 Rendido culto a leyes nacionales.
 Chilenos, celebremos este dia
 Con fraterna alegría.
 De las Musas el plácido recinto
 Consagre este homenaje respetuoso.
 ¡Honor eterno al jefe virtuoso!
 ¡Honor eterno al ilustrado *Pinto!*

Me parece casi superfluo recordar que el código a que aludian los precedentes versos era la constitucion de 1828, que acababa de promulgarse en agosto de aquel año.

Pero lo que llamó la atencion de los concurrentes fué, no la allocucion de Mora, no la tragedia de Varela, si no una decoracion que representaba, segun el cartel, «la vista interior de un magnífico salon

rejo (de orden compuesto), obra debida al jenio de don Francisco Villalba.»

La opinion del público ratificó la justicia de la alabanza contenida en el anuncio.

La *Clave*, número 33, tomo 2, fecha 14 de octubre, describia como sigue la impresion que habia producido el trabajo de Villalba:

«La costosa i lucida decoracion que cubrió la escena en la noche del sábado 4 del presente causó a primera vista en los espectadores una sorpresa tan agradable, cuanto es el interes que han tomado por los progresos de la cultura i buen gusto que estimulan i fomentan. El empresario, que, como todos sabemos, se esmera mas en complacer al público, que en proporcionarse grandes ganancias a costa de su entusiasmo por las bellezas de la representacion, ha debido complacerse con la idea de haber llenado completamente el objeto de aquella funcion, oyendo los aplausos que se le dirijian delante de esta nueva prueba de su loable empeño i del raro desprendimiento que lo anima. Se ha dicho por personas intelijentes que ni el mejor teatro de América, ni muchos de los mas acreditados de Europa, se decoran frecuentemente del modo que lo estaba el nuestro. Siempre que el proscenio se abria, se renovaba la primera sorpresa, i la vista se recreaba nuevamente en la elegancia i hermosura de las columnas, en el brillante reflejo de sus dorados, en la ingeniosa simetría de todas sus piezas i en el magnífico espectáculo que formaba su conjunto. No habrá sido menor la satisfaccion del señor Villalba, a quien se debe el plan i direccion de esta obra, cuyo mérito realza en gran manera el que ya poseia como actor. Uno i otro se han granjeado nuevos derechos al aprecio público, i nosotros debemos felicitar al primero por el buen resultado que han obtenido sus sacrificios, tributando al segundo las consideraciones a que le hacen acreedor sus singulares talentos.»

Sin embargo, debe tenerse entendido que las decoraciones i aparatos escénicos del teatro de la plazuela de la Compañía estaban mui distantes de asemejarse a la vista interior del salon rejo.

Pueden leerse en el *Mercurio* de Valparaíso, número 72, tomo 19, fecha 9 de febrero de 1835, curiosos pormenores sobre este particular.

Baste saber que todavía, en aquella fecha, el altar de Diana aparecia iluminado con dos velas de sebo de a cuatro por real.

A pesar de todas estas imperfecciones, el público manifestaba gusto por las representaciones teatrales, i habia adquirido la costumbre de asistir a ellas.

Talvez contribuia a esto lo módico de los precios.

Como ántes lo he dicho, la entrada costaba solo dos reales.

I ya que toco este punto, voi de paso a recordar un suceso en que figuraron dos personajes mui conspicuos, que fué mui celebrado.

En cierta ocasion fueron juntos al teatro los dos amigos don Diego José Benavente i don Manuel José Gandarillas, a quien faltaba un ojo.

El primero, al pagar la entrada, entregó tres reales, en lugar de cuatro.

—Dispense, señor, le dijo el empleado que cobraba las entradas; Usted se ha equivocado; falta un real.

—No me he equivocado, contestó Benavente; he pagado lo justo, puesto que mi compañero no puede ver mas que la mitad del espectáculo.

El teatro de la plazuela de la Compañía duró hasta el año de 1836.

Entónces se pidió a Arteaga, por haber mudado de dueño, el sitio por cuyo arriendo pagaba cien pesos mensuales; i hubo que deshacer el edificio de madera que allí se habia levantado.

Ya el año de 1823, habia teatro en Valparaíso.

Ignoro sí tambien fué fundado por don Domingo Arteaga; pero sé que por lo ménos, al cabo de algun tiempo, lo tomó de su cuenta.

Parece que no dejaba ganancias mui cuantiosas.

II

Puesto que he hablado de los edificios en que estuvieron nuestros primeros teatros despues de la independendencia, ha llegado la oportunidad de decir algo sobre las compañías que funcionaron en ellos.

El año de 1818, cuando el director O'Higgins encargó a su edecan don Domingo Arteaga la fundacion de un teatro, éste ejercia la comandancia del depósito de prisioneros españoles.

Como no era fácil proceder al canje de estos prisioneros, i no se queria echar el gravámen de su manutencion sobre el estado, que se hallaba escasísimo de recursos, se adoptó el arbitrio de destinarlos, mediante la paga del correspondiente estipendio, a las obras públicas o al servicio de los particulares.

Don Domingo Arteaga recibió autorizacion de elejir entre aquellos prisioneros a todos los que hubiera menester para emplearlos como actores, comparsas o sirvientes del teatro proyectado.

Aprovechándose de ella, Arteaga reunió los prisioneros españoles que manifestaban aptitudes para el arte de la representacion, a los actores i actrices nacionales que pudo encontrar; i puso a unos

i otros bajo la direccion del coronel español Latorre, uno de los prisioneros de la batalla de Maipo, el cual era entendido en la materia.

Estos actores i actrices principiaron a ejercitarse en los teatros de las calles de las Ramádas i de la Catedral.

Cuando se estrenó el de la plazuela de la Compañía, eran ya numerosos.

Paso a manifestar cómo se hallaban distribuidos:

Damas.—Doña Lucía Rodríguez, doña Josefa Bustamante i doña Anjela Calderon.

Galanes.—Don Francisco Cáceres, don N. García i don Francisco Navarro.

Barbas.—Don Juan del Peso, i don Anjel Pino, que hacía los papeles de traidor.

Graciosos.—Don Isidro Mózas i don N. Hevia.

Barba i primer gracioso.—Don Pedro Pérez.

Las damas eran chilenas; los actores eran españoles, escepto Pérez i Hevia, que eran chilenos.

Camilo Henríquez, en el *Mercurio de Chile*, número 7, pronuncia el siguiente juicio sobre la actriz Rodríguez i sobre los actores Cáceres i Navarro, que representaron en julio de 1822 *La Jornada de Maraton*, el *Numa Pompilio* i el *Oscar*, para festejar la instalacion de la convencion que se reunió en aquel año. «Es de desear que estos tres actores varíen mas el tono e inflexiones de voz, segun la variedad de posiciones i de afectos: la monotonía es insufrible. Con esta observacion, anunciamos a la señora Lucía i a Cáceres que harán en el auditorio el efecto que prometen sus talentos i sus gracias.»

El actor principal de aquella compañía era don Francisco Cáceres, el cual hizo su primera aparicion en la escena el 20 de agosto de 1820, cuando se estrenó el teatro de la plazuela de la Compañía.

Orijinario de Sevilla, se habia alistado de soldado; i despues de haber militado en la Península, habia venido de guarnicion a Valdivia, donde era sarjento, cuando lord Cochrane se apoderó de esta plaza en febrero de 1820.

Así Cáceres, en mui pocos meses, habia pasado del cuartel al prosenio.

Tenia una bellísima i arrogante figura, i una voz vigorosa i plateada, pero algo monótona.

La naturaleza le habia concedido brillantes dotes de actor; pero la completa falta de educacion no le habia permitido perfeccionarlas.

Arteaga, con la vista de empresario, supo distinguirle entre los pri-

sioneros, calculando perfectamente todo el provecho que podia sacar de él.

Cáceres fué, desde que se presentó en la escena, el favorito del público.

No tuvo competidor hasta que en diciembre de 1822 llegó a Santiago don Luis Ambrosio Morante, natural de la República Oriental, actor ya ejercitado, que habia obtenido muchos aplausos en el teatro de Buenos Aires.

Morante era hombre de fea figura, lo que era un inconveniente grave para un actor; pero poseia calidades artísticas, i bastante conocimiento de la escena.

Ademas, no le faltaba ilustracion.

Los versos que componia eran superiores a la mayor parte de los que hasta entónces se habian producido en Chile. Pueden servir de muestra dos o tres alocuciones suyas, de regular mérito, que se insertaron en los periódicos.

Como Cáceres, los otros individuos de la compañía seguian el sistema español de declamacion, retumbante i artificioso.

No tardaron en suscitarse entre Cáceres i Morante las emulaciones que suelen ocurrir entre artistas del mismo jénero.

Don Manuel Concha, en la *Crónica de la Serena*, dice que despues de la independenciam, «segun lo que ha podido averiguar, parece que solamente el año de 1834, vino la Serena a tener representaciones teatrales.»

Sin embargo, don José Zapiola me asegura que con motivo de sus desavenencias con Morante, Cáceres, llamado por el intendente de Coquimbo don Francisco Antonio Pinto, fué a representar en aquella ciudad el año de 1824.

De la Serena, Cáceres volvió a Santiago, donde permaneció poco tiempo; i en seguida, en 1825, fué a ejercer su arte en Buenos Aires.

El año citado, Morante hizo otro tanto.

Poco despues, concluyó, como ya queda dicho, el primer teatro de la plazuela de la Compañía.

Apénas habia esto sucedido, cuando, junto con otros, llegaron al país, dos artistas de mucha nota, la actriz doña Teresa Samaniego i el actor don Francisco Villalba.

El deseo de proporcionarles los medios de que pudieran darse a conocer hizo que a principios de 1827 se improvisara el Teatro Nacional.

Antes de decir algo sobre aquellos dos artistas recién venidos a Chile, debo como fiel cronista mencionar una disposicion relativa a teatros que entónces se dictó.

Aquel reglamento creó el cargo de director-censor.

El nuevo funcionario, además de las atribuciones que son fáciles de suponer, tenía otras que no dejan de ser curiosas.

Hé aquí algunas de ellas:

Velar sobre que al principio de cada temporada se fijara la lista de todas las piezas que debían ejecutarse en ella, poniendo especial cuidado en que se alternaran las tragedias con las comedias, i los dramas de costumbres con los sentimentales i graciosos.

Atender a que se repartiesen los papeles según conviniera a los caracteres de los actores, consultando siempre el mayor lucimiento del espectáculo, i a que esta operación se hiciera con el tiempo suficiente para que los actores pudieran aprenderlos bien.

Demarcar a los actores los trajes con que debían vestirse para guardar la debida propiedad.

Los actores estaban obligados so pena de multa o de prisión a observar lo que les indicase el director-censor acerca de los puntos enumerados.

Aquel de ellos en quien el director-censor notase tenacidad para no estudiar su papel, i lo desempeñase mal, debía ser castigado con ocho días de arresto por la primera vez, i quince por la segunda, rebajándosele la mitad del sueldo.

Si la función no tenía lugar por no haber el actor aprendido su papel, debía rebajársele la mitad del sueldo de todo el mes, i quedaba obligado a aprenderlo en el término de tres días, so pena, si no lo hacía, de quedar arrestado hasta que lo aprendiese i ejecutase.

Se ve que si los cómicos representaban mal, no era por falta de estímulos apremiantes.

Volvamos ahora a los nuevos actores cuya venida a Chile queda ya anunciada.

Doña Teresa Samaniego hizo su estreno en el Teatro Nacional el 27 de febrero de 1827, desempeñando el papel de Jocasta en los *Hijos de Edipo*.

Esta actriz venía precedida de una gran reputación.

I efectivamente había cosechado muchos aplausos en los teatros mismos de la Península.

En cierta ocasión, se había aun granjeado una verdadera aura popular.

Se hallaba en Barcelona al tiempo que iba a salir a campaña un cuerpo del ejército.

Con este motivo, se dedicó a éste una función teatral de despedida.

La Samaniego, vestida de amazona i seguida de un cortejo de

damas en igual traje, salió a recitar una alocucion apropiada a las circunstancias.

Lo hizo con la mayor maestría i efusion.

Los oyentes llegaron sobre todo al colmo del entusiasmo cuando la actriz exclamó, dirijiéndose a los militares que iban a la batalla:

Nosotras con las manos delicadas

Ceñiremos al ménos las espadas.

Id hijos, les diremos, id esposos;

Volved a nuestros brazos amorosos,

Si venciereis en la lid;

Pero, vencidos, no torneis; morid!

Esta peroracion de la Samaniego agradó tanto, que muchos contemporáneos la aprendieron de memoria; i que conservada así, fué trasmitida de España a Chile.

Se concibe que el deseo de oír a la Samaniego, infundido por tales noticias en los aficionados de Santiago, fuese mui grande.

La ejecucion correspondió a lo que se esperaba de la Samaniego.

Los artistas dramáticos i los músicos ejecutantes se encuentran todavía en peor condicion que los oradores mismos.

Los que no oyen a los últimos no son capaces de comprender todo el efecto que pueden producir con la oportunidad de sus observaciones, o con la propiedad de sus jestos o de las inflexiones de su voz; pero, particularmente en los tiempos modernos, pueden conservarse la serie de sus razonamientos, i hasta sus palabras mismas.

Los artistas dramáticos i los músicos ejecutantes no aseguran a su talento ni siquiera esta sombra de duracion.

Producen en quienes los oyen las impresiones mas fuertes, pero al mismo tiempo las mas efímeras.

No hai medio de fijarlas.

Son tan fugaces como el tiempo.

Para dar idea del efecto que produjo la Samaniego, me veo forzado a recurrir a la esposicion que hicieron los contemporáneos.

Leamos lo que dice sobre ella el *Verdadero Liberal*, número 17, fecha 9 de marzo.

«La señora Samaniego apareció siempre en la pieza de Alfieri (*Hijos de Edipo*), digna del gran papel de Jocasta. Su accion constantemente noble, su espresion en que resplandecen las impresiones de la naturaleza, su carácter jamas desmentido en medio de la alternativa i agitacion de las mas fuertes pasiones i una declamacion

siempre fácil, flexible i apropiada a las circunstancias son prendas mui difíciles de reunir, i que hacen colocar a la señora Samaniego en el rango de las primeras actrices de la escena española al lado de las Bermejós i de las Ritas Lunas. Aunque formada en la escuela del insigne Máiquez, creemos que no tanto han contribuido a perfeccionarla los principios del arte teatral, ni la observacion de tan perfecto modelo, quanto los felices dotes que recibió de la naturaleza, que así como forma los grandes oradores i los grandes poetas, forma tambien los grandes cómicos.»

Algunos dias despues de los *Hijos de Edipo*, el 8 de marzo, la Samaniego hizo el papel de hombre en el *Felipe II* de Alfieri; pero segun el crítico que acabo de citar, «deslució su mérito, porque estas inversiones pugnan demasiado con la naturaleza para que puedan jamas agradarnos ni causarnos ilusion.»

Villalba, el compañero de la Samaniego, era un gracioso mui distinguido, de estilo grotesco, o semejante a payaso.

Hacía reír mucho, i por lo tanto llegó a ser mui popular.

Era hombre de talentos variados.

Fué él quien pintó en el teatro de la plazuela de la Compañía la decoracion de salon rejio, que tanto agradó en 1828.

Habiendo ocurrido algunas desavenencias entre él i la Samaniego, se disolvió la compañía del Teatro Nacional.

La segunda, con algunos actores, se fué de Chile, i el primero con otros pasó a trabajar en el segundo teatro de la plazuela de la Compañía.

Los *Hijos de Edipo* de Alfieri, o sea *Eteócles i Polinice*, o sea todavía los *Hermanos Enemigos*, pues estos tres nombres se daban a la pieza, eran con el *Otelo* i la *Zaira*, talvez las tres trajedias mas gustadas del público de Santiago.

La trajedia de los *Hijos de Edipo* estaba bien traducida en versos hermosos i elegantes por el poeta español Zabiñon.

Como se recordará, fué escojida por la Samaniego para su estreno en el Teatro Nacional.

Aquella vez, hizo de Eteócles un actor catalan llamado Francisco Rivas, cuya pronunciacion era precipitada, pero que tenia fuego i otras cualidades de artista.

Este Rivas se contrató junto con Villalba en el teatro de la plazuela de la Compañía, donde se encargaba de los papeles de galan con aceptacion jeneral.

En 1828, Cáceres regresó de Buenos Aires.

No tardó en observar con natural disgusto que Rivas le habia reemplazado en el aprecio de muchos de sus antiguos admiradores.

Lleno de confianza en sí mismo, determinó hacer esfuerzos para reconquistar la posición perdida.

Con este propósito, escujo los *Hijos de Edipo* para reaparecer en el teatro de Santiago el 11 de diciembre de 1828.

Cáceres había tomado para sí el papel de Polinice; Rivas, el de Eteócles. Los dos actores rivales iban a representar a los dos hermanos enemigos.

Después de la prueba, las opiniones se dividieron, estando los unos en favor de Cáceres, i los otros en favor de Rivas.

En medio de las agitaciones políticas de aquella época, hubo discusiones sobre el asunto, no solo en las tertulias, sino también en los periódicos.

Un articulista escribió en la *Clave*, número 63, tomo 2, fecha 23 de diciembre, que Rivas en algunas escenas había hecho recordar al famoso autor español don Isidoro Máiquez; i que Cáceres, lejos de haber acreditado algún progreso, había manifestado que no había adelantado tanto como habría sido de esperarse; i que los modelos que había podido imitar, en vez de buenos, debían haber sido muy malos.

Otros salieron a la defensa de Cáceres.

Esta diversidad de juicios encendió la emulación de los dos competidores, los cuales resolvieron poner a los aficionados en aptitud de establecer una comparación práctica para que pudieran pronunciar un fallo definitivo.

Para ello, el 25 i 26 de diciembre representaron la misma tragedia, *Los Capuletos*, alternándose en los papeles de Montegon i de Romeo.

Todos los contemporáneos con quienes he hablado acerca de esta especie de certámen me aseguran que Cáceres obtuvo un triunfo indiscutible.

En 1829, Cáceres se retiró del teatro, i abrió una cigarrería en Valparaíso; pero ya fuera que esta industria le produjera poco, o que no pudiera resignarse a estar privado de las agitaciones i aplausos de la escena, vendió los trajes de actor que conservaba en un baúl, i con lo que le produjeron, costeó en 1830 un segundo viaje a Buenos Aires, donde volvió a representar.

En junio de aquel año, comenzó a funcionar en Santiago la primera compañía lírica que ha venido Chile.

Desde entonces hasta el mes de febrero de 1831, hizo oír las siguientes óperas: *El Engaño Feliz*, la *Cenicientola*, *Barbero de Sevilla*, *Italiana en Arjel*, *Eduardo i Cristina*, *Tancredo*, *Elisa i Claudio*, la *Gazza Ladra*, *Ines* i los *Portantini*.

Don Andres Bello, en el *Araucano*, número 14, fecha 18 de diciembre de 1830, juzga, como va a verse, a los principales actores de esta compañía.

«La ópera bufa, que en todas partes tiene mas aficionados que la seria, es tambien la que mejor se adapta a la fuerza de nuestra compañía lírica; i por esto deseáramos que ésta se limitase, si le fuese posible, a piezas cómicas o de un carácter medio. Pizzoni i Betali, que tanto divierten en los papeles de una familiaridad animada i festiva, se hallan fuera de su elemento en lo heroico; i aun la señora Schieron, que no carece de bastante flexibilidad para pasar de lo familiar i jocoso, a lo patético, brillará siempre mucho mas como Isabela o Rosina, que como Amenaída.»

El señor Bello criticó la práctica que introdujo aquella compañía de hacer traducir al castellano la parte destinada al canto.

«Es este, decia, un trabajo que sin facilitar la intelijencia de la obra, perjudica mucho a la espresion i suavidad de la melodía por la falta de correspondencia entre la letra i la música. No basta traducir una aria conservando las mismas ideas, i el mismo número de sílabas; es necesario que los acentos naturales del habla coincidan exactamente con los de la modulacion musical; de otro modo, el énfasis que el compositor ha colocado sobre una voz importante caerá talvez sobre una preposicion o un artículo, produciendo una discordancia ingrata i chocante. Esto es lo que sucede casi siempre en las versiones i aun en las obras orijinales, cuando no se atiende a las trabas particulares de la versificacion lírica, en que son tan exactos i escrupulosos los italianos, como han sido descuidados los españoles i franceses. Si se comparan las traducciones de Metastasio por Meléndez con sus orijinales, se echará de ver a los pocos versos que el primero de estos dos célebres escritores era músico, i el segundo solamente poeta. La misma falta de intencion musical se percibe en casi todas las canciones nacionales de los americanos.»

En 1844, los poetas don Hermójenes Irisarri i don Jacinto Chacon renovaron esta tentativa, traduciendo al verso castellano el libreto de la *Lucía de Lammermoor* «para mostrar, segun lo declararon, que la lengua española se puede plegar i acomodar al canto tan bien como la lengua italiana.»

Debe notarse que don Andres Bello no negaba que nuestro idioma pudiera adaptarse a la música; i en efecto, hai ejemplos prácticos de que se ajusta perfectamente a ella.

Lo que el señor Bello advertia era que compuesta una música en atencion a una letra dada, no podia variarse el idioma de esa letra sin

que se corriera el riesgo de alterar la relacion establecida entre los dos elementos de la composicion.

El director de la orquesta en aquella temporada lírica fué nuestro compatriota don José Zapiola, el cual tiene el mérito de haber aprendido casi solo diversos instrumentos, i en especial el clarinete.

Zapiola fué el cuarto director de orquesta que hubo en Chile.

El primero habia sido don Manuel Róbles; el segundo, el peruano don Bartolomé Filomeno; i el tercero, don V. T. Masoni.

Miéntras tanto, solian darse de cuando en cuando algunas representaciones dramáticas en el Café de la Nacion.

En pos de la compañía lírica, ocupó el teatro de la plazuela de la Compañía una dramática, cuyo actor mas notable era don Luis Ambrosio Morante, que habia vuelto a Chile en 1827.

En marzo de 1833, regresó de Buenos Aires don Francisco Cáceres, trayendo consigo a dos buenos actores: doña Trinidad Guevara i don Francisco Moreno.

Los recién venidos dieron algunas funciones extraordinarias, entre otras, *Lord Davenant* i las *Aventuras de Shakespeare*, en las cuales, segun Bello, el desempeño de Cáceres fué brillante.

El público pidió con instancia que se contratara a los actores que acababan de llegar.

La empresa se escusó manifestando que estaba comprometida por seis meses con la compañía de baile dirigida por Cañete.

Esta noticia se recibió con sumo desagrado.

Don Andres Bello se hizo en el *Araucano*, número 132, fecha 22 de marzo de 1833, el órgano del descontento jeneral, declarando que los asistentes al teatro no tenian resignacion para soportar por seis meses mas el poco variado espectáculo del baile.

La empresa se vió obligada a ceder, i contrató a Cáceres i sus compañeros; pero como al propio tiempo estaba obligada a conservar la compañía de baile, subió a tres reales el precio de las entradas.

En octubre del mismo año, se incorporó en la compañía doña Teresa Samaniego i sus hijos don José i doña Emilia Hernández.

Cáceres i Moreno cantaban duos italianos.

La compañía era numerosa i bastante selecta.

Sin embargo, los precios que entónces se fijaron eran módicos.

Entrada jeneral..... 3 reales

Palcos por temporada..... 1 \$

Id. por funcion..... 1 » 4 »

Lunetas por temporada..... 2 » 2 »

Id. por funcion..... 1 »

En 1834 se incorporó todavía a la compañía la simpática actriz doña Carmen Aguilar.

El 24 de julio de aquel año, se promulgó la lei por la cual los gobernadores debian ser jueces de teatro, i resolver breve i sumariamente las cuestiones que se suscitasen entre los empresarios i los actores, pudiendo imponer arrestos de ocho dias o multas de cincuenta pesos.

Se me ha asegurado que Bello fué el que influyó para que se diese esta lei.

Me parece que interesará conocer la opinion de un crítico tan competente como don Andres Bello acerca del mérito de los tres principales entre los artistas que he enumerado.

Pensaba que la Samaniego era un talento dramático eminente.

«La señora Samaniego, decia, es una actriz de la mejor escuela. Aunque su voz no es suficientemente femeni!, sabe darle una grata variedad de modulaciones para espresar los diversos afectos, i en todos ellos le es dado hallar el camino del corazon. El papel de Jocasta en la tragedia de los *Hijos de Edipo* basta para dar a conocer toda la flexibilidad de su talento i de su voz. Sea que espresa la ternura materna, o que los crímenes i desgracias de su malhadada familia le arranquen acentos de dolor, o que desesperada pida a sus implacables hijos que claven el puñal en el seno que les dió la vida, es siempre noble siempre digna de la tragedia, siempre conmueve i arrebatada. Una de sus prendas sobresalientes es el juego graduado que economiza los grandes esfuerzos reservándolos para los pasajes mas enérgicos i vehementes.»

Oigamos ahora lo que opinaba acerca de Cáceres.

«Siente lo que dice i sabe enunciarlo con fuerza. Es jeneralmente feliz en la espresion de un dolor profundo i en los arrebatos apasionados. Sobre todo, sabe siempre bien su papel, i lo recita con inteligencia.»

Bello recomendaba a Cáceres que tomara a la Samaniego por modelo para que aprendiera a graduar la voz. En una palabra, Bello creia que Cáceres poseia sobresalientes disposiciones naturales, pero poco arte.

Mas tarde, en 20 de diciembre de 1833, don Andres Bello agregaba sobre Cáceres: «que se notaba en él un adelantamiento progresivo, un desarrollo de recursos que estaban como comprimidos en su estilo anterior de declamacion; i que su papel de Edipo, en la tragedia de Sófocles imitada por Martínez de la Rosa (recien representada entónces)

habia sido, en sentir de los intelijentes, lo mejor que habia hecho en el teatro de Santiago.»

Bello aplaudió a Morante, especialmente en la ejecucion de *El Abate de l'Epée*, en la cual decia que aquel actor manifestaba mucho talento i mucho estudio del arte histriónica.

Cáceres, a fines de 1834, se fué a Lima, de donde vino a representar en Valparaíso al comenzar el año de 1836.

El *Mercurio* de Valparaíso, número 57, tomo 25, fecha 29 de setiembre de dicho año, insertó la necrolojia que va a leerse:

«El 20 del corriente mes, a la una del dia, falleció en esta ciudad el actor dramático, don Francisco Cáceres, natural de Sevilla, a los cuarenta i dos años de su edad. Este actor, formado en Chile, i que ha merecido elogios en capitales del continente de bastante respetabilidad, no podia ménos que dar honor al país en que adquirió sus adelantamientos para lucirlos en otros. Su muerte es sin duda una falta al buen gusto i a la ilustracion, que han perdido en él uno de sus mejores amigos. Los que lo son del finado no pueden ménos que tributarle este pequeño obsequio que en cualquier caso debe no negarse al verdadero mérito.»

Ese mismo año de 1836, fallecieron en Chile don Manuel Róbles, el que compuso la primera música de la cancion nacional, i don Luis Ambrosio Morante, uno de los introductores del arte dramático en este país.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

UN TIPO YANKEE

SAMUEL HOUSTON

(ESTUDIO BIOGRÁFICO)

I

Para maravillas i orijinalidades la gran república del norte, pueblo de escepcion entre las asociaciones humanas, cuyo modelo se buscaria en vano en las naciones pasadas, cuya imitacion será imposible a las sociedades por venir.

Allí se aglomera, se confunde, se atropella, lo que hai de mas grande i de mas pueril, lo mas refinado i lo mas grosero, lo mas ilustrado i lo mas inculto; la franca incredulidad i la devocion sincera, la sabiduría i el *humbug*, Abraham Lincoln i Joe Smith; los tipos de todos los pueblos, de todas las edades.

I sin embargo, ese vario conjunto conserva siempre su carácter distintivo; i allí precisamente es en donde el personalismo se levanta i la individualidad se define. Instituciones, costumbres, educacion, todo contribuye a infundir en cada cual la conciencia de su valer, el sentimiento de la personalidad, adquirida a costa de su mismo esfuerzo, que no se liga al prestigio de un nombre, a la importancia de una familia, a la influencia de un círculo o de una clase social. El norte-americano, piensa por sí i discurre para sí desde que se lanza con libre albedrio en el océano de la vida, sin otra brújula que su ingenio, sin otra responsabilidad que la de su propia suerte. Los honores, el poder, la riqueza, la ciencia i la industria, todas las sendas se

le ofrecen espeditas, todas las elevaciones se le muestran accesibles, con tal que le anime la voluntad de recorrerlas, con tal que posea el talento de alcanzarlas.

Así es como esos hombres llegan a llamarse Washington, Webster, Peabody, Prescott; así como enseñan al mundo la ciencia del gobierno sin haberla aprendido en Loke o Constant; así como levantan los monumentos i trazan los ferrocarriles sin sospechar que existen las sublimes combinaciones de las matemáticas puras; así es como las ciencias i las letras les cuentan entre sus maestros, sin que hayan aprendido latin ni sean graduados en ninguna universidad.

Es que el hijo del norte, lo espera todo de las dotes que Dios le ha dado, de la fuerza de sus músculos, del empuje de su cerebro, de las inspiraciones de su corazón.

Tomemos un ejemplo para probarlo; i sea éste Samuel Houston; *Sam* como le llamaban talvez con desprecio las jentes de su villorio; el jeneral Houston libertador i padre de la república de Tejas, como le ha llamado la historia.

Fué Houston una figura esencialmente yankee: carácter, espíritu como solo pueden nacer i desarrollarse en la tierra de las inesperadas aventuras, de las empresas temerarias, de las audaces calaveradas que arrebatan su electricidad a las nubes, que borran el tiempo i el espacio. Voluntad de acero, alma blindada contra los desengaños, cabeza infatigable, brazo de leñador, jeneral, político i abogado, el mas ambicioso de los caudillos, el mas modesto de los ciudadanos, era Samuel Houston una múltiple naturaleza, un heterojéneo conjunto cuyo molde solo sabe vaciar en forma humana esa civilizacion que ha comenzado por inventarse a sí misma.

Nació pobre, de honrados i humildes padres en el año de 1793 i en un lugarejo apenas conocido en la jeografía del vecindario i que su valerosa madre hubo de abandonar para disputar al desierto un pedazo de terreno que ella cultivaba miéntras los hijos labraban los maderos con que construir la cabaña. Allí como en todas partes en que se reúne una docena de americanos, existia una escuela; i a ella concurría Samuel con el hacha al hombro, para abrir su espíritu a las divinas bellezas de las Santas Escrituras i a las humanas hermosuras de los clásicos antiguos. Así se familiarizó con la Biblia, de la cual llevaba siempre en sus años mas avanzados un ejemplar en el bolsillo, miéntras nunca olvidaba poner en otro la traduccion de la Iliada.

Era natural que prefiriera las cadencias del traductor de Homero al rechinamiento del serrucho; pero la familia que no se lisonjeaba con hacer de Samuel un rival de Pope, le colocó prosaicamente de

mozo de mostrador bajo el patrocinio de un mercachiffe. Con un alma de otro temple, allí habria terminado la vulgar historia del héroe futuro; con un corazon como el de Houston aquella sujecion al imperio de la familia, fué el oríjen de su emancipacion social.

Liando en un viejo pañuelo, unos calzones no mas nuevos, metiéndose en las faltriqueras dos gastados tomos de la Biblia i de la Iliada, se lanzó a buscar entre los indios cherokees la independenciam que no podia avenir con el oficio de tendero.

I allí entre los adoradores del Gran Espiritu, logró aprender a Homero a su sabor; pudo creerse fuerte como Aquiles cuando perseguia al búfalo bravío, impetuoso como Ajax, desafiando las tempestades i torrentes, circunspecto como Nestor presenciando las deliberaciones de los *Sachems*; i quien sabe si no faltó tambien alguna roja Brizeida que arrancara los primeros latidos al corazon adolescente.

Esa vida de las selvas tan espantosa a nuestra culta fantasía, que nuestros refinados gustos no comprenden sino con el horror del destierro, o lo ridículo de la ignorancia salvaje, debe tener sus poderosos encantos para los caracteres primitivos que no buscan en la naturaleza un jardin ingles, o un potrero de alfalfa. Lo cierto es que Samuel, a quien la familia lloraba como al que cae en estravío incurable, a quien los vecinos calificaban piadosamente de extravagante, permaneció largos años entre los buenos amigos de piel roja, hasta cumplir los dieziocho de su edad. Solo de vez en cuando salia a visitar a la desolada madre i a comprar algunos regalillos con que corresponder al cariño i jenerosa hospitalidad de los salvajes: pero como el jóven no era rico i las chaquiras i cintas no se pagaban con buenas palabras, vió su crédito amenazado con una deuda de unos pocos pesos.

¿Cómo salvar el honor comprometido? Samuel no vaciló un instante. Abrió una escuela; i con el precio de las lecciones pagó a sus acreedores; i en las horas ociosas pretendió remontarse a las rejiones de la ciencia, dedicándolas al estudio de las matemáticas. Probablemente no habria eclipsado a Euclides, ni hubiera sido mas que un adocenado preceptor si no acertara a pasar una compañía de soldados en demanda de reclutas para hacer la guerra a ciertos indios rebeldes.

Houston al oir el eco marcial de los clarines, sintió surjir la vocacion de soldado. En el rejimiento llegó a conquistarse la fama del primer tambor; fué mas tarde ascendido a sarjento i ántes de entrar en batalla cargaba la jineta de distinguido. ¡Qué chasco para los vecinos que al verle salir le miraban con socarrona incredulidad; qué

orgullo para la madre que habia condenado al orijinal Samuel como renitente contumaz contra toda disciplina!

Llegó por fin el dia de la batalla. Mandábala nada ménos que el seco i austero Jackson, el defensor de Nueva Orleans, táctico que no copiaba a Napoleon, cuando discurrió como un pueblo que solo habia pensado en producir algodón, debe defenderse con fortificaciones del mismo material. El combate fué recio; porque los indios cubiertos tras de trincheras menudeaban las balas, las flechas i las piedras sobre los asaltantes. Houston no esperó segunda órden para trepar los baluartes; i atravesado el muslo por un dardo, despedazado el pecho por dos balas, no abandonó su puesto, hasta no oir los hurras de la victoria.

Hé aquí como el loco Samuel colgó a sus hombros las charreteras de teniente; i lo que es mas, mereció un apretón de manos del impasible Jackson. Desde entónces sus antiguos vecinos le llamaron su compatriota; i cuando la anciana madre abria los brazos al hijo vencedor, comenzó a sospechar que habia dado el ser a un nuevo Washington.

Hubo de dudarle sin embargo, cuando Samuel, despojándose de la galoneada casaca que cautivaba los ojos de las muchachas del lugar, manifestó un dia la decidida resolucion de abandonar la gloriosa carrera. «¿Para qué?» le preguntaban con curiosa sorpresa.

«Para hacerme abogado,» contestó Samuel a los vecinos que volvieron a creerle con el cerebro trastornado. I cojiendo su Biblia i su Homero, se marchó al pueblo de Nashville a golpear a la puerta de un lejista, pidiéndole el auxilio de su esperiencia para atravesar ese proceloso mar del derecho.

II

Así son los americanos: hoi actores, mañana jenerales, abogados, ingenieros, aprendices de imprenta, cuando no sastres como el presidente Johnson, o labradores de madera como el presidente Lincoln.

¿Qué pensaríamos nosotros de un hombre que a los veinticinco años, comenzara el estudio de las leyes? Que perderia su tiempo, sin salvar los prolegómenos de Justiniano, o cuando mas, que llegaria a ser un tinterillo de menor cuantía. Pero nuestros hermanos del norte entienden las cosas de otra manera: para ellos el cerebro nunca se endurece, ni el brazo se fatiga. Ademas ellos creen con la conviccion del continuo ejemplo que para entrar al templo de la jurisprudencia no es necesario agotar el vigor i la juventud en atravesar el estéril de-

sierto del latin; que para discurrir no se necesita gastar dos años en aprender a pensar segun las reglas de lo que con hueca arrogancia quiere llamarse filosofía; que el raciocinio individual, la constante velada de la meditacion, son las mejores antorchas para esclarecer los misterios de una ciencia cuya base debiera ser la razon.

No es entónces estraño que Houston fuera en dos años abogado; abogado distinguido, llamado en breve a desempeñar el cargo de procurador de distrito. El recto criterio, que en la abogacía vale mas que todos los espositores, la natural elocuencia que no enseñan los libros, la porfiada contraccion al estudio de los procesos, le fueron empujando a las primeras filas. Combatió con los viejos doctores, sirvió lealmente los intereses de su clientela, i el prestigio de su palabra le abrió el camino de la legislatura provincial para encumbrarle mui luego hasta el congreso federal; i de esta manera *Sam*, el aventurero, cuando contaba treintaidos años era el mas sesudo *politician* del estado, el hombre de consejo en las dificultades públicas, el administrador prudente que una inmensa mayoría levantó al asiento de gobernador.

La madre, miéntras tanto, madre a quien nunca olvidaba, engalanada con los elegantes trajes que le mandaba Samuel, recibia con toda majestad las felicitaciones de los vecinos; i los habitantes de la villa natalicia corrian los círculos pregonando la grandeza del hijo humilde del mas humilde lugarcillo. Las rentas vinieron con los honores; i con estos las influencias i las atenciones de los grandes personajes, sin que faltara el parabien del estirado Jackson que tuvo el mérito de adivinar las raras dotes de su antiguo tambor.

Pero ai! que Houston habia leído en el libro de Job i debia conocerlo por la esperiencia del dolor indigno, que en esta vida no existe dicha duradera. Vencedor de sus enemigos políticos, triunfador de la fortuna que unia a su nombre, llevado a las nubes de la popularidad, rico i poderoso, por consiguiente, feliz para los ojos del vulgo, era Houston sin embargo un hombre desgraciado, herido de un dardo que sin destrozarle la carne, como la flecha de los indios, se habia clavado con toda su hiel en lo mas delicado del corazon. Sea diversidad de caractéres, sean poderosas causas a nadie reveladas, fué la verdad que apénas trascurridos seis meses desde que enlazó su suerte a una mujer querida, vió convertido en pesadilla el sueño de paz que procuraba a su fatiga.

Cuántas veces no debió recordar a las sencillas indias coronadas de frescas, madres-selvas, cuando se sentaban al rededor del jóven blanco, palpitante el vírjen corazon al oír las historias de las ciudades populosas: cuántas veces no debió tender la vista a los bosques

impenetrables en que se puede sentir sin vergüenza i llorar sin testigos!

Taña desgracia era superior a sus fuerzas. Su brazo podia domar al bizonte feroz, su cabeza sentir sin desvanerse el silbido de las balas i el rujir de las tormentas populares; pero ni los santos de la Biblia, ni los semidioses de Homero, ni los héroes cherokees le habian enseñado a batallar con una mujer elegante que habria anonado con un pestaño de cólera. Era noble luchar con el adversario en la tribuna; era varonil avasallar las fieras; ¿pero cuál es la mano bastante pesada para aplastar el cuchicheo de la chismografía, cuál la espada bastante afilada para matar el eco anónimo de la calumnia?

Houston que no sabia sentir miedo, se convenció de que era el mas tímido de los cobardes delante de la vergüenza; i que ese ente indefinido que todos acarician i todos temen, llamado lo ridículo, disponia de armas mas poderosas que los cañones.

Héle allí que descendiendo de su sillón de gobernador, sacude el polvo de la civilizacion; i con su vieja biblia en el bolsillo, emprende nuevamente el camino del desierto que años ántes anduviera con todo el estímulo de las esperanzas juveniles, que ahora tenia que recorrer con toda la carga de los desengaños de la edad madura.

Cuando el amigo de la infancia, el cacique cherokee, divisó al triste viajero, corrió a estrecharle entre los desnudos brazos i rodándole las lágrimas le presentaba su pipa mas larga i le encendia su leña mas olorosa. Aquello era para hacer olvidar las murmuraciones de Nashville: i el desterrado experimentaba sin duda un dulce consuelo, cuando las hijas de la naturaleza se negaban a entender que la hija de la civilizacion, no se hubiera embriagado de orgullo con ser la esclava de aquel hombre tan bravo en la caza, tan discreto en el consejo.

Pero Houston que no tenia la romántica sensibilidad de la raza meridional, no era hombre de pasar los años contando sus cuitas a las estrellas. Aprovechó el destierro en estudiar el complicado problema de las relaciones entre los bárbaros i los civilizadores que predicaban el evangelio de las luces, con el bautismo del aguardiente i la música de la pólvora. Vió allí lo que sucede en todas partes en donde existen los mismos elementos encontrados: la civilizacion que explota a la ignorancia con los vicios, con las espropiaciones fraudulentas, con la guerra contra los ganados i las chozas; con mas que en aquellas rejiones, los conquistados pagaban un tributo por el beneficio de la conquista.

Sintió levantarse en su alma la indignacion de la justicia, i recor-

dando que el viejo Jackson, era el huésped de la Casa-blanca, se dirigió a Washington para denunciar al gobierno i al congreso los abusos que habia presenciado. Ellos debian ser tan graves que hubo de conseguirles remedio; pero esto le concitó la odiosidad de los especuladores, entre los cuales se hallaba un representante del pueblo bastante insolente para injuriarle en la calle pública. Houston le castigó severamente, por lo que fué aprisionado i conducido a la barra de la cámara de los representantes, bajo la tremenda acusacion de haber asaltado a uno de sus inviolables miembros. La acusacion, ruidosa por lo raro de este jénero de procesos, no consiguió mas que enaltecer la reputacion de orador i abogado que se tenia conquistada el reo.

Como era de esperarlo, Houston fué absuelto sin vacilacion; pero ese acontecimiento, que en otra oportunidad le habria estimulado para abrazar de nuevo la carrera de los honores, le arraigó al contrario en la resolucion de apartarse de los centros populosos. Quería buscar el olvido de su propio nombre, que la fama de su estraña vida se esforzaba en repetir; queria la tranquilidad que nadie observa, en un rincon olvidado; queria el rudo trabajo del cuerpo, que es el opio mitigador de los dolores del alma.

Entónces se acordó que los periódicos hablaban del territorio de Tejas; i que él mismo, cuando niño, habia aprendido a construir una cabaña.

En lugar de una choza, iba a levantar una república. Su blusa de plantador se iba a convertir en la banda de presidente.

III

El nuevo pais a que Houston dirijia sus pasos, vejetaba entónces trabajosamente bajo el dominio de la república de Méjico. Formando parte del estado de Coahuila, su poblacion mas influyente, emprendedora e industriosa, la componian los emigrados norte-americanos conducidos a aquella tierra por Estévan Austin con la mira de fundar colonias agrícolas.

La índole, la educacion, la viva actividad de los colonos, andaban mal avenidas con la situacion de un pueblo esquilmado por la revuelta, desmoralizado por el continuo trastorno, aferrado a las trabas de la estrecha centralizacion que heredó de la metrópoli. El elemento anglo-sajon i el elemento español, vigoroso el uno con la ambicion del porvenir, desfallecido el otro con los desencantos de lo pasado, se encontraban en aquel campo que el uno codiciaba como una fuente vír-

jen de prosperidad i riqueza, que el otro abandonaba como condenado a perpétua esterilidad.

Por eso los naturales aceptaban sin admiracion ni resistencia las múltiples variaciones del gobierno, la imposicion de pesadas contribuciones; por eso los colonos del norte no podian resignarse a una situacion que si enriquecia a los caudillos, chupaba el quilo del pueblo trabajador.

Talvez i sin talvez, los colonos no llevaban sus miradas mas allá del alivio de sus urjentes necesidades; quizá i sin quizá, nunca soñaron con la quimera de la independencia, que significaba la segura ruina de quince o veinte mil hombres, en lucha desigual contra los ejércitos i el número de la república de Méjico. No tuvo sin embargo mas determinado orijen ni mayores probabilidades la emancipacion española; i fué sin duda mas modesto el principio de la colosal empresa de Washington.

Los tejanos principiaron por pretender erijirse en un estado de la confederacion mejicana; por reconocer el vínculo de obediencia al gobierno central, i por solicitar con toda humildad la administracion de sus intereses locales. Austin dirijia la agitacion: Houston era su mas inmediato consejero, ya que mui luego se hizo notar el espíritu práctico, la firme voluntad del emigrado.

Corrian los años de 1832 a 1834, i gobernaba a Méjico aquel Santa Ana, que con una sola pierna trepó cuatro o seis veces al mando supremo i recorrió otras tantas el camino de la proscripcion. Santa-Ana en su liberalismo, en su admiracion por la república federal, no llegaba hasta comprender la modesta solicitud de los tejanos i tanto ménos cuanto que por entónces deseaba ya cambiar su vulgar título de presidente por el mas sonoro de alteza serenísima. Estévan Austin, comisionado para presentar el proyecto de constitucion del nuevo estado, fué recibido con arrogante desprecio; i como este no fuera bastante castigo, se le redujo a prision para escarmiento de sus comitentes.

De aquí brotó la chispa que encendió el patriotismo tejano. Los vecinos se reunieron espontáneamente; i se constituyó una asamblea, en la que Houston fué a ocupar su puesto, vestido de *poncho*, calado a la oreja el sombrero mejicano.

Todos esperaban de sus labios el grito de guerra; pero él, que sabia que la guerra antes que entusiasmo necesita pólvora i antes que valor necesita soldados, se levantó para protestar contra toda loca tentativa; i comprometiendo su prestigio i talvez su reputacion de valiente, no hizo mas que aconsejar la resistencia legal.

Con repugnancia probablemente se tuvo que adoptar aquel conse-

jo; i merced a la tranquilidad que él procuró, Austin fué puesto en libertad i hubo tiempo de preparar elementos mas positivos.

El gobierno de Méjico miéntras tanto, acechaba con desconfianza la dudosa actitud de los colonos, i en su recelo para estirpar de raiz la funesta semilla, espidió un decreto exijiendo la entrega de todas las armas particulares i el inmediato retiro de todo el armamento público. Este consistia en unos cuantos fusiles descompuestos i en un cañon de a cuatro que servia en el pueblo de Bejar para solemnizar con sus difíciles disparos el dia de la patria o la salida de alguna procesion.

Las pasiones colectivas, como las pasiones individuales, solo quieren una ocasion para estallar al soplo del entusiasmo. Las cadencias de la Muda de Portici, la hoja de un árbol arrancada por un orador popular, el culatazo de un jendarme, el boletin de una derrota, un «ya es tarde,» pronunciado por una voz anónima, todo sirve de reactivo para provocar la ebullicion de los revueltos elementos que la prudencia se empeña en cubrir con una capa de hielo, que la fuerza procura aplastar, vigorzándolos al contrario por la concentracion.

Los tejanos levantaron el clamor contra la afrenta que se les inferia: manifestaban su derecho i su necesidad de llevar armas para defenderse de los indios; invocaban la legalidad de su conducta, sin que faltaran las protestas del inocente cariño que les inspiraba aquel cañoncito compañero de sus placeres. Pero estas buenas razones no convencieron a los soldados mejicanos, que con el argumento del mas fuerte se apoderaron del cañon, lo que irritó a los colonos en términos de arrastrarles a las vías de hecho. I hubo combate, con sus heridos i muertos; i al estampido del cañon recuperado, callando la voz de la prudencia, los corazones embriagados con la victoria, lanzaron el juramento de libertad.

JOAQUIN BLEST GANA.

(Continuará.)

UN CANTO DE FIESTA DE NERON

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

Nescio quid molle atque facetum.

HORACIO.

¡Qué matador es el fastidio, amigos!
Necio quién no lo evita!
Venid, pues, todos a admirar la fiesta
A que Neron invita,
Neron, César i Cónsul ya tres veces,
Amo del mundo i Dios de la armonía,
Que en suave modo jónico
Al compas de su lira sonora
El aire llena con su voz hermosa.
A este festivo llamamiento mio
Acudid al instante!
Que nunca mayor copia de placeres
Vuestro pecho anhelante
Gozó en las casas del liberto Pálas,
Ni del griego Ajenor, ni en las orjías,
Donde alabando a Diójenes,
Séneca tan austero, sin decoro
Apuraba el falerno en copa de oro.
Ni cuando en su galera sobre el Tíber
Aglae falereana
Semi desnuda en medio de nosotros
Remaba tan galana,
Bajo brillantes pabellones de Asia;
Ni cuando ese prefecto de Batavia,
Al son de dulces cítaras,
Echaba veinte esclavos a los leones,
Encubiertas con flores sus prisiones.
Venid, vereis arder a toda Roma!
Mi litera a esta altura

Hice traer por contemplar la llama,
I afrontar su bravura.

¿Qué valen, pues, esos combates vanos
Del hombre con el tigre enfurecido?

Roma en el circo espléndido
De sus siete colinas, al instante,
Va a luchar con el fuego devorante!

Así al árbitro i dueño de la tierra
Endulzar le conviene

Su fastidio profundo i solitario!
De tiempo en tiempo tiene
Que lanzar, como un Dios, rayo tremendo!

¡Sí! ya es la noche i hora de la fiesta!

Ya el fuego, monstruo impávido,
Moviéndose despliega una ala parda,
I mil lenguas de llama en torno darda.

¿Qué no veis? ¿Qué no veis, como corriendo,
A su presa inflamada

Envuelve en densos torbellinos de humo?

A la vez que anonada,
A los muros parece acariciarlos.

Los palacios enteros se evaporan

En sus abrazos hórridos.

—Oh! Si me dieran besos que arrebatan
I esas caricias que en su halago matan!...

Escuchad el rumor, ved los vapores
Que oscuros se despliegan,
I esos hombres que huyendo como sombras
Del fuego, al fuego llegan!

¡El silencio de muerte va aumentando!

Metálicas columnas, puertas de oro
Rechinan i derribanse.

Un arroyo de bronce derretido
Llamas arrastra al Tíber aflijido.

Jaspes, mármoles, pórfiros i estatuas,
Todo, todo perece

Envuelto en las cenizas!: ni su gloria
A éstas favorece!

—A merced de mi anhelo el fuego vuela,
I en su marcha triunfante invade todo.

El aquilon con júbilo
Sopla impetuoso, i el incendio aumenta,
I lo ajita formando ígnea tormenta.

Adios, oh Capitolio! ¿No semeja
Un puente del Cocito,
De Sila el acueducto en medio el fuego?

¡Sí!—Neron lo ha prescrito!

Caerán esas cúpulas i torres!

Bien!! Sobre Roma entera al mismo tiempo

Ruje la llama horrisona!
 ¡Reina del mundo! dale gracias. Siente
 Esa diadema fúljida en tu frente!
 Siendo yo niño, a mí se me contaba
 Que voces sibilinas
 La suerte presajiaron a los muros
 De las siete colinas:
 Que de Roma a los piés domado el tiempo
 Moriria; que apénas en su aurora
 Su astro inmortal veíase.....
 —Decidme: ¿Cuántas horas todavía
 Esa su eternidad durar podria?
 ¡Qué hermoso es un incendio en negra noche!
 Eróstrato envidiara
 La gloria de mi hazaña si viviese.
 ¿Ni desde cuando obstara
 El martirio de un pueblo a mis placeres?
 —Huyendo va; i lo envuelve por do quiera
 De fuego una vorájine.....
 Quitadme la corona; los ardores
 Que a Roma quemán ajarán sus flores!
 Amigos, si la sangre salpicase
 Vuestras ropas de gala,
 Lavad la mancha con cretense vino;
 Que tan solo regala
 La vista de la sangre a los malvados.
 Cubramos la cruel chanza con deleites.
 I ¡desgraciado i réprobo
 Quien goce de su víctima en el llanto!
 ¡Ahogarlo se debe con el canto!
 A Roma yo castigo, i tomo de ella
 Merecida venganza.
 Qué! ¿No persigue con infiel incienso
 I loca destemplanza
 Ya al viejo Jove, ya al odioso Cristo?
 ¡Su terror me contemple al fin con ellos
 En una misma línea!
 Quiero tambien tener mi templo ahora,
 Pues aún pocos dioses Roma adora.
 Para hacerla mas bella la he destruido.
 ¡Pero que en su caída
 Destroce al ménos a la cruz rebelde!
 ¡No quede ya con vida
 Cristiano alguno! Esterminadlos todos!
 Roma castigue en ellos el oríjen
 De su suerte misérrima.
 Esterminad!.....Esclavo! dadme rosas!
 Es dulce su perfume, i son hermosas!

RAMON FRANCISCO OVALLE.

EL PUERTO

I PUEBLO DE QUINTERO

En el año de 1504 era comun en toda la España la creencia en las maravillas i tesoros que contenia la América, i en las fortunas que en ellas se formaban como por encanto. De ahí surjian las frecuentes expediciones que se encaminaban al nuevo mundo, en busca de riquezas, de aventuras i de renombre. Una de éstas, compuesta de cinco navíos (1), salió en aquel año del puerto de la ciudad de Sevilla con destino a la isla Española o Santo Domingo; i en ella habia tomado pasaje un jóven de veinte años, el célebre Hernan Cortés, que en poco tiempo mas iba a cubrirse con el prestigio i las glorias de un atrevido capitan, conquistando el imperio de los aztecas para un monarca, que ni sus proezas supo despues recompensar. La nave que llevaba a este desconocido jóven, era mandada por otro jóven piloto que, en el estado inmaturo de la ciencia i medios de navegacion de aquella época, no podia tenersele por ménos diestro ni ménos audaz nauta, que el marino ingles que a fines de 1818 tomó el mando de la primera escuadra de nuestra República; aunque se le acusa de inconsecuencia por el deseo de ganar, como al aludido marino, de ambicion de premios en dinero.

Este piloto, despues de los contratiempos i merecidos chascos que experimentó en el viaje llegó a la Española. Parece que allí se ocupó en la navegacion entre esa isla i España, como entre la de Cuba i las

(1) Don Antonio de Herrera, *Historia de las Indias Occidentales*, Década II, lib. 7, cap. 13.

costas nuevamente descubiertas del golfo de Méjico; pasando despues por el camino abierto por Vasco Nuñez de Balboa a la Mar del Sur a tomar parte en su esploracion, tras de las espediciones de Pizarro i Almagro.

En 1534 ya se le ve aparecer en compañía de esos célebres caudillos. Francisco Pizarro proyecta i echa, al principiarse el año siguiente, los fundamentos de la *Ciudad de los Reyes*, la Lima actual. A unos 18 a 20 quilómetros hácia el sur de ella existia el único gran templo, consagrado en el Perú a la divinidad suprema, *Pachacamac*, «el Hacedor i Sustentador del Universo,» segun Garcilaso de la Vega, i que los mismos incas veneraban no sin cierta preeminencia sobre su deidad tutelar, el Sol, del que se intitulaban hijos. En aquel año este templo fué despojado de sus riquezas por los conquistadores; i con este motivo recuerda el cronista Herrera al piloto, de que venimos haciendo referencia, en el siguiente pasaje:—«i díjose que (este) piloto pidió por merced a Don Francisco Pizarro los clavos, que estaban en las paredes (del templo de Pachacamac), que sostenian las chapas de oro que se quitaron, i que se la dió, como cosa de burla; i que contado el oro le valieron 400 marcos de plata» (1).

La conquista del Perú llegaba a su término. Por ese tiempo, o sea a principios de 1535, las sérias desavenencias que se habian suscitado entre los dos principales caudillos, dominadores de aquel imperio, vinieron a suspenderse por un abrazo de simulada reconciliacion, de que a su vez resultó el descubrimiento de Chile por uno de ellos. En efecto, don Diego de Almagro tomó a su cargo esa empresa, partiendo del Cuzco para este país a mediados de aquel año, seguro tambien de que obtendria la provision de Adelantado i gobernador de las nuevas tierras que iba a descubrir, que le llegó posteriormente, espedida en Toledo en 1534 (2). Con anticipacion habia despachado con la vanguardia a su capitan Juan de Saavedra, el mismo que despues de entrar en Chile, recorriendo la comarca de Valparaíso, le dejó este nombre en memoria de su pueblo natal en España (3). Al propio

(1) Historia de las Indias, Década V, lib. 6, cap. 12.

(2) La corte de España se hallaba en esa ciudad; i de ahí vino a darse a la Gobernacion conferida a Almagro en Chile el nombre de *Nueva Toledo*, que retuvo corto tiempo.

(3) «Crónica del Reino de Chile», por el capitan don Pedro Mariño de Lovera, arreglada por Escobar, lib. I, cap. 10. Esta historia, escrita en presencia de los primeros sucesos que se relatan, solo ha sido impresa en 1865. Otras, tan interesantes como ésta, se hallan todavía manuscritas.

tiempo despachó también al puerto de la nueva Lima a los capitanes Rui-Díaz i Benavídes para que aprestasen allí buques que le llevasen víveres, ropa i otros artículos de que debía necesitar la expedición. La dirección de estas naves se encomendó, entre otros, al piloto aludido, haciéndose éste cargo del *Santiago*, «el navío grande», que llevaba a su bordo al dicho capitán Rui-Díaz i al joven hijo de Almagro, don Diego el mozo o el *mestizo*, como se le llamaba.

La premura con que se hizo el apresto de estos buques, por los recelos que inspiraba la lealtad de Pizarro, no dió lugar a calafatearlos o acondicionarlos debidamente. En el mal estado en que se encontraban, pues no había otros, partieron de las tranquilas aguas del puerto, que talvez no principiaba aun a llamarse Callao. A poco de un andar perezoso, el *Santiago* comenzó a hacer mucha agua. Forzado a arribar «a la tierra de Chíncha», o bahía de Pisco, los naturales «que estaban de guerra le tomaron la barca i le mataron siete hombres.» Sin embargo se desembarcó la jente con Rui-Díaz i el joven Almagro, para seguir por tierra al alcance de la expedición (1). El piloto volvió a reparar su buque al puerto de su salida, i de seguro no tardó en renovar su viaje hasta las playas de Chile, donde luego aparece.

El conductor de este navío era el mismo piloto, que llevó al futuro conquistador de Méjico a la isla Hespánola; el que, en la rebusca de las paredes del rico templo de Pachacamac, recojió no despreciable esquilmo de oro i plata; el que llevaba a su bordo al hijo de otro conquistador i a uno de sus capitanes mas esforzados, a participar de la gloria i del señorío de un descubrimiento, de que se anticipaban promesas de cuantiosas riquezas; i habría logrado seguir entónces su derrota hasta Chile, si el desvencijado navío fuera ménos malo. Con todo, a fines de 1536 cumplió su intento, aportando en las costas de nuestra República a una pintoresca bahía bajo los 32° 46' latitud sur. Este piloto, pues, ilustre por todos estos títulos, se llamaba *Alonso Quintero* (2), i ha dado su apellido a la espresada bahía, que desde entónces se conoce por todos nuestros cronistas, navegantes i viajeros extranjeros, i en toda carta jeográfica con la denominación de *Puerto de Quintero*.

A la llegada de Alonso Quintero a este puerto, en cuya altura suponía encontrar la expedición del Adelantado Almagro, éste, que efec-

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia Jeneral i Natural de las Indias*, lib. 47, cap. 4.

(2) No Alonso de Quintero, ni *Quinteros*, como hemos visto en alguna parte.

tivamente habia asentado sus reales en el sitio o talvez a las inmediaciones del que ocupa la ciudad de Quillota (1), i desde donde hizo adelantar al capitan Gómez de Alvarado, uno de los cuatro hermanos del gallardo lugar-teniente de Cortés en la conquista de Méjico, a recorrer las comarcas del sur, habia a la sazón resuelto abandonar la empresa de Chile i dado la vuelta al Cuzco. En esta resolución no solo influyeron las nuevas traídas por Alvarado, de que la tierra adelante nada prometia, sino tambien las que sus partidarios le llevaron del Perú, especialmente el célebre matador de Francisco Pizarro, Juan de Rada, i el antedicho Rui-Díaz que «con su escuadra» habia llegado al campamento el mismo día, dice Mariño de Lovera (2), en que aquel otro capitan suyo regresó de su incursión al sur.

Encontrando así abandonada la conquista, el piloto Quintero no tardó en dar la vela para el Perú, en donde parece que tomó parte por el bando de los Pizarro en la lucha civil, que encendió la llegada de los que en ella se conocieron con el nombre de *los de Chile*.

La importancia en que Quintero fué tenido, se descubre en las relaciones de la primera época de la historia de la América. Ellas no le dejan desconocido entre el tumultuario concurso de aventureros que atrajo su descubrimiento, ni en medio de las últimas disensiones en que se envolvieron Almagro i Pizarro, de tan trájicos resultados para ellos. I asimismo se manifiesta, que no era un hombre insignificante, por la mención misma que de él hace Fernández de Oviedo, diciendo que «el mas diestro de los pilotos, que en servicio del adelantado (Almagro) andaban, era Alonso Quintero» (3) i a quien conoció; no obstante que cierta vanidad del severo cronista le lleva a negarle conocimientos en la náutica, i a no escusarle una invectiva innecesaria por su afición a los juegos de naipes.

(1) El cronista Mariño de Lovera, que militó en Chile desde 1551 i que se manifiesta autor bien informado, dice que el *valle de Chile*, en que se detuvo Almagro, era «llamado por otros dos nombres *Concagua* i *Quillota*» (lib. II, cap. 5). Valdivia, en carta de 4 de setiembre de 1545, le llama *valle de Canconcagua* (Conconcagua), i otros, como el señor Gay, valle de Concomicagua. Estos nombres, como lo indican las palabras araucanas *con* i *hue de* que se derivan, significan *distrito* o *comarca del poniente*, así como *Con-con*, *mas al poniente*; i se contraponen a *Aconcagua*, *distrito oriental*, con que se designaba la parte superior del valle que atraviesa el río que hoy lleva este nombre. Algunos han confundido estos distritos, hasta suponer inadvertidamente que Almagro tuvo su cuartel jeneral en el asiento de la actual ciudad de San Felipe, lo que no es exacto.

(2) Crónica del Reino de Chile, lib. I, cap. 6.

(3) Historia Jeneral, etc., Lib. 47, cap. 5.º

He aquí el orijen del nombre del puerto que hace materia de este artículo. Ya con esto seria bastante ilustre. El tiempo, registrándolo entre los primeros recuerdos de los fastos de nuestro país, lo ha revestido de una tradicion honrosa, con la que todavía se enlazan incidentes de otro interes, que vamos a apuntar.

Muchos campos de Chile se han hecho memorables por haberse cruzado en ellos la lanza del indijena i la espada del conquistador, o por haber sido teatro de los combates, que aseguraron la independencia de un pueblo hoi próspero i digno de gobernarse por sí mismo. Tambien las playas del puerto de Quintero se han ilustrado con el primer hecho de armas que ha rechazado, si así puede decirse, la invasion extranjera.

En este hecho figura el caballero ingles, Tomas Candish o Cavendish, que ya habia principiado a llamar la atencion de su país. Siendo aun mui jóven entró en el goce de una fortuna respetable, heredada de su padre. De espíritu activo i ávido de aventuras, principió por buscarlas en el mar, equipando a su costa una barca en que acompañó a Sir Ricardo Grenville, en una espedicion a la Virginia i las Antillas. De vuelta a Inglaterra se estableció en Lóndres, i aquí en medio de los cortesanos de la reina Isabel, consumió casi toda su hacienda; rivalizando con ellos en lujo i las estravagancias, a que lo inclinaba su jenio campechano i rumboso. En esta situacion i resuelto a recuperar su fortuna, a costa de los enemigos de su país, en guerra a la sazón con la España, preparó una espedicion en la que esperaba recojer tan rico botin, como el obtenido por su compatriota Francisco Drake. La espedicion constaba, dice el capitan Burney (1), de tres buques, el mayor llamado *Desire* de 120 toneladas, el otro *Content* de 60 toneladas i el tercero *Hugh Gallant* de 40 toneladas, con provisiones para dos años de viaje i en todo 123 hombres. Con esos tres pequeños buques salió de Plymouth el 31 de julio de 1586, i "se lanzó, refiere el historiador Hume, al mar del sur, donde cometió grandes depredaciones contra los españoles. Apresó diezinueve buques, algunos de los cuales ricamente cargados. Dando la vuelta por el cabo de Buena Esperanza, llegó a Lóndres, entrando por el rio de una manera triunfal; sus marineros i jente vestidos de seda, las velas de damasco, i las del tope de una tela de oro. Sus presas se estimaban como las mas ricas que hasta entónces se habian conducido a Inglaterra.» Su regreso fué el 19 de setiembre de 1588; i el citado Burney

(1) *History of the Voyages and Discoveries on the South Sea.*

dice, que al participar su arribo al Lord Hunsdon, chambelan i favorito de Isabel, su carta contiene esta muestra de jactancia: "Navegué a lo largo de las costas de Chile, Perú i Nueva España, donde hice grandes espoliaciones; quemé i eché apique diezinueve buques, grandes i pequeños; i todos los pueblos i villas, en que desembarcara, los entré a saco i los quemé."

Siguiendo, pues, el viaje el arrogante corsario, llegó al Estrecho de Magallanes i lo embocó el 6 o sea el 16 (est. nue.) de enero, 1587 (1). En el puerto, en que Sarmiento de Gamboa habia fundado cuatro años ántes el pueblo de San Felipe, Cavendish recojió a Tomas Hernández, uno de los pocos colonos que habian sobrevivido al rigor del clima i del hambre en ese desamparado establecimiento. De ahí sin mas tardar prosiguió su curso, dejándole a ese puerto el nombre de «port Famine» o *del Hambre*, con alusion a esa circunstancia; entró en el mar Pacífico, i haciendo rumbo al norte, vino a reunir su flotilla dispersa en la isla de Santa María, sobre la ensenada de Arauco; pero no sin haber tocado ántes en la de la Mocha. Juntos los buques, se dirijieron a Valparaíso; pero, segun el mencionado Hernández, que traian a bordo (2), no se pudo reconocer la entrada de este puerto «por estar la tierra tan cerrada» con la bruma talvez, i rebasándola, se hallaron al aclarar el dia sobre el de Quintero, donde surjieron las tres naves, juéves 9 de abril de 1587. Apénas habian dado fondo, cuando se vió desde los buques a un hombre, que parecia haber estado durmiendo sobre una loma vecina al puerto, montar a caballo i echar a correr. Poco despues, dice el extracto de Burney, saltó a tierra el mismo Cavendish, acompañado de 30 hombres; i no bien habia pasado una hora (las cuatro de la tarde, indica Hernández) cuando se presentaron a corta distancia tres hombres «a caballo con sus lanzas i adargas armados.» Cavendish les despachó dos de los suyos i en su compañía al dicho Hernández para que les sirviese de intérprete; pero como aquellos manifestasen por señas que solo a uno dejarian acercarse, avanzó el español con encargo de solicitar provisiones. Miéntas tanto, parece que una partida de los in-

(1) En esta relacion seguimos computando conforme al estilo nuevo las fechas inglesas, pues que todavía i hasta el 14 de setiembre de 1752, no se adoptó en Inglaterra la correccion gregoriana.

(2) *Declaracion que de órden del virei del Perú, príncipe de Esquilache, hizo ante escribano, Tomé Hernández, en Lima a 21 de mayo de 1620, i publicada en el Viaje al Estrecho de Magallanes por el capitan Pedro Sarmiento de Gamboa, Madrid 1768.*

gleses hizo un movimiento como para rodear a los de a caballo. Hernández los advirtió de ello disimuladamente para que se retiraran, como en efecto lo hicieron; i él volvió a hacer entender, que de aquellos hombres obtendría lo que se necesitaba. Con esta traza i confiándose en las seguridades que de su lealtad daba este español, salió segunda vez, i llegando a ellos montó en las ancas de uno de los caballos, i todos juntos fueron a parar en la noche a un fundo de campo mas al interior.

Cavendish, aunque sorprendido de esta accion, continuó en tierra ocupado con la jente en hacer aguada i leña hasta el anochecer, en que se retiró a bordo.

Al dia siguiente, una partida de 50 a 60 ingleses ocupó todo el dia en hacer un conocimiento hácia el interior. Anduvieron de unos diez a doce quilómetros, i volvieron a sus buques al caer la noche, sin haber encontrado ni divisado habitante ni poblacion alguna. El aspecto del país les dejó una impresion mui favorable, cubiertos como veian aquellos vallejos i colinas de ganado vacuno, perdices i otras aves, i de una naturaleza que anunciaba la feracidad del suelo.

Pero miéntras los ingleses se ocupaban de esta escursion, las fuerzas que habia hecho adelantar hácia la costa el correjidor de Santiago don Alonso Campo-frio de Carbajal, a las órdenes de Alonso de Molina Parragues (1), con la noticia que ya se tenia de la venida de estos buques, llegaron al amanecer al mismo fundo, en que la noche ántes vino a parar Hernández (2). Con los informes que éste debió suministrarle, Molina pudo formar su plan de acercarse al puerto durante la noche i quedar en emboscada para caer en momento oportuno sobre los ingleses, si el próximo dia bajaban a tierra. El movimiento fué acertado i correspondió a sus expectativas.

En efecto, a las primeras horas de la mañana, sábado 11 de Abril, se desprendieron de los buques algunos botes con direccion a la playa de la parte sudeste del puerto. Desembarcada la jente, se dirijió a las lagunillas o pozos, que a ménos de medio quilómetro de allí forman unas vegas hácia el oriente de la península de Quintero. Su objeto era llenar algunos barriles de agua dulce i lavar la tripulacion su ropa. Des-cuidados en esta ocupacion, se vieron de improviso atacados por una partida como de doscientos caballos a la cabeza de Alonso Molina. Empeñóse entónces esa accion de guerra, que, como ya dijimos, ha sido la primera del Chile colonial con enemigo extranjero. Los ingleses

(1) Historia de Chile por Don Vicente Carvallo i Goyeneche, M. S. de 1796

(2) "Declaracion, etc," citada ántes.

se batieron en retirada confusa hasta ganar los botes i refugiarse en las rocas del mar (1), al abrigo de los fuegos del patache *Hugh Gallant*, que en el momento se aproximó a la playa en su proteccion (2).

En esta refriega en que, como dice Lovera, anduvieron «un rato a la pelamesa,» los ingleses salieron mal parados como era natural, atendido el número de los asaltadores, sufriendo algunas pérdidas. «La relacion inglesa,» dice Burney, «reconoce solamente la pérdida de doce hombres, muertos i prisioneros, lo que probablemente es correcto; pues que se asientan sus nombres i se especifican los buques a que pertenecian. Con ménos apariencia de exactitud, la relacion de Pretty da a los ingleses el consuelo de haber muerto a 24 de los españoles» (3).

La declaracion citada de Hernández dice que los españoles «mataron doce ingleses, i prendieron otros nueve,» i que de estos ahorcaron seis en Santiago.

El padre jesuita Ovalle, que publicó su *Historia de Chile* 59 años despues de este suceso, refiere que los españoles mataron e hirieron a muchos de los ingleses, «cautivando a catorce, de los cuales justificaron a los doce, con no poca dicha suya, porque, dejándose persuadir de la verdad de nuestra fé, se reconciliaron con la iglesia católica romana, i así murieron como verdaderos católicos, dejando prenda de su predestinacion.» Qué caridad!

Don José Basilio de Rojas, en sus «*Apuntes sobre la conquista de Chile*,» manuscrito de 1672, dice que Cavendish corrió la costa hasta el puerto de Quintero, en donde procurando con lanchas hacer agua, le asaltaron los españoles de la ciudad de Santiago, degollándole catorce hombres.» I Carballo i Goyeneche, ántes citado, da como prisioneros «un oficial i trece marineros, con muerte de otros ocho.»

De los españoles no se menciona pérdidas, i aunque Hernández afirma que ninguno salió «herido ni lastimado,» no parece creible que los ingleses hubiesen vendido tan barata la muerte i aprehension de sus compañeros. Los fuegos que les hicieron los buques i la retirada de Molina con todos sus caballos i los prisioneros a Santiago, sin que estos volviesen a renovar el asalto, en los cinco dias mas que Cavendish permaneció en la bahía i bajó a tierra a completar su aguada, hacen

(1) Mariño de Lovera, Lib. 3.º, cap. 37. Este es el «peñol metido en el agua,» que menciona este cronista, palabra castellana que significa monte o reunion de peñas.

(2) Declaracion, etc., de Hernández citada.

(3) *History of the Voyages etc.*, T. II p. 81. Francisco Pretty, uno de los que acompañó a Cavendish, publicó una relacion circunstanciada de este viaje.

sospechar que alguna pérdida sufrieron, o que no alcanzaron tanta gloria los que, en memoriales e informaciones de cerca de medio siglo despues, hacen alarde de hechos que, en la esperanza de obtener mercedes, se magnifican hasta el grado de hazañas, enaltecidos a su vez, al tratar este punto en su *Historia de Valparaíso*, por el ardoroso i romanesco escritor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Cavendish zarpó, al fin, del puerto de Quintero con sus tres bajeles el 15 de abril de 1587, dejando un recuerdo de orgullo para la colonia, i llevando otros de venganza que le hizo ser mas crudo en sus depredaciones de las costas del norte.

Todavía i en tiempo de la sérias desavenencias entre las provincias de Holanda i la España, con motivo del comercio de la India, viene otro célebre marino, Joris o Jorje Spilbergen, a dar al puerto de Quintero cierta mas celebridad en la historia de las espediciones marítimas. Mandaba, con patente del Estatúder de Holanda i con el título de almirante, una respetable flota de cuatro naves de buen porte i dos pequeñas, que habian reunido los Estados en la isla de Texel, centro de pilotos i constructores navales, situada en el Atlántico sobre la costa noroeste de la Holanda. De aquí partió la espedicion el 8 de agosto de 1614, i por la vía de Magallanes entró en el Pacífico. Tocando, como Cavendish, en la Mocha i Santa María, i surjiendo en la bahía de Talcahuano, donde hizo un desembarco i quemó algunas casas de la antigua Concepcion, vino a echar ancla en Valparaíso el 12 de junio de 1615.

Pero encontrando en este puerto un aparato de resistencia, sin expectativa de buena presa, se contentó con algunos actos de hostilidad, i salió de allí para entrar al dia siguiente en Quintero. Esta bahía recibió tranquilo a su huésped. La flota encontró aquí un punto de descanso; echó en tierra la tripulacion, donde por espacio de cinco dias pudo solazarse i hacer aguada i leña, al abrigo de un baluarte semicircular que se armó sobre un punto dominante de la playa. Al retirarse el 27 de dicho mes, puso Spilbergen en libertad a dos prisioneros portugueses que habia tomado en las costas del Brasil (1).

Hállase asimismo ligado con el puerto de Quintero la memoria que, como vice-almirante de la primera escuadra de Chile republicano, ha dejado en el país Lord Cochrane o conde de Dundonald. Este marino llegó por primera vez a nuestras playas el 28 de noviembre

(1) Burney's *History of Voyages*, etc.

de 1818. Conocidos son sus hechos navales en Valdivia, Chiloé i el Perú, i ya por ello se le ha compensado bastante. Habia comprado la hacienda que lleva el nombre de este puerto, comprendido en su litoral. A su arribo a Valparaiso de vuelta del Perú, el 2 (1) de junio 1822, Cochrane, algo resentido por incidentes políticos que no es del caso referir, obtuvo licencia del Gobierno para retirarse a aquella propiedad. Su residencia a inmediaciones de este puerto i ser éste el punto de embarco en sus visitas frecuentes a Valparaiso i otras circunstancias, se lo hicieron siempre mirarlo con interés. Ya con anterioridad se habia persuadido de sus buenas condiciones marítimas. Sabemos por su secretario Stevenson (2) que, deseoso Cochrane de las mejoras de que era susceptible este puerto, dirijió al Gobierno una memoria, acompañada de un plano, probando las ventajas que esta rada poseía sobre la de Valparaíso, i recomendándola para servir de apostadero a los buques de guerra de la República; i en la que ofrecia al efecto los terrenos necesarios en la bahía para arsenal, edificios de marina, etc. Esta indicacion fué desoída por entónces.

Cochrane residió casi permanentemente en Quintero cerca de siete meses, desde su vuelta del Perú, partiendo de este puerto para el Brasil a bordo del bergantin *Coronel Allen*, en la tarde del 18 de enero, 1823. Antes de separarse definitivamente de las playas de Chile dirijió a sus compatriotas i a los comerciantes de Valparaiso una despedida, datada en Quintero a 4 de ese mes. I aquí es de notar otro hecho que atañe a este puerto, i que se escapó talvez al jenio investigador de nuestro erudito amigo don Miguel Luis Amunátegui, no consignándolo en su interesante artículo *Ensayos sobre los orígenes de la imprenta en la América española*, publicado en el número 7.º de esta revista. Pues bien; esas despedidas, en forma de circular, fueron impresas en la casa de Cochrane, en Quintero, en una prensa litográfica, hecha venir poco ántes de Inglaterra, i la primera que se introdujo en estas repúblicas del Pacífico (3).

(1) Stevenson dice el 13; i este error traen tambien la obra «Servicios Navales, etc.» del marino, la «Primera escuadra nacional» de García Reyes i otras. La fecha es la del testo. Véase el Mercurio de Chile, página 62, i Mrs. Graham's *Journal of a residence in Chile*, página 146.

(2) W. Bennet Stevenson, que publicó en Lóndres en 1825 una obra en tres tomos, cuyo título es «A Historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America, etc.» recuerda hechos importantes de nuestra revolucion.

(3) «Servicios navales, etc», Lóndres, 1859, páj. 264.

Tenemos aun otra notabilidad inglesa que ha dejado memoria de Quintero en una de sus obras (1). Es ésta, la *señora Graham*. Hija del capitán Dundas, de la marina inglesa, habia casado a los veinte años en 1809 con otro oficial compañero de Cochrane, el capitán Graham, quien la llevó a la India, donde residió unos dos años. Despues hizo viajes por Italia, España i otros puntos de Europa, de que ha dejado interesantes descripciones. Enviado su marido en la corbeta *Doris* a la América del Sur en 1821, vino con él a estos países; se detuvo un corto tiempo en las costas del Atlántico, i pasó luego a Chile, desembarcando en Valparaíso el 29 de abril del año siguiente, pero no con el corazon lijero i la excitacion que produce la primera vista de playas desconocidas, sino contristada en presencia de los restos de su esposo, muerto durante el viaje i enterrado en ese puerto. De vuelta a su país, embarcándose en Quintero con Cochrane, publicó la obra aludida, que contiene delicadas pinturas de la sociedad de Santiago i Valparaíso, i recuerdos i hechos de conocidas personas de aquel tiempo. En 1827 casó en segundas nupcias con el distinguido pintor paisista, Sir Augusto W. Callcott, llamado *el Claudio lorenés* de los ingleses, i de él tomó el título de lady Callcott. Bajo esos nombres publicó sus viajes a la India, al Brasil i Chile, «Memorias de Poussin», «Ensayo de la historia de la pintura», etc.; obras que revelan jénio i un espíritu altamente cultivado. Murió en 1842.

Del «Diario de una residencia en Chile» (2), traducimos algo que puede interesar a nuestro asunto:

De Concon «salí a caballo para Quintero acompañada del señor i la señora Miers (3) en la mañana del 13 de agosto de 1822. Despues

(1) *Journal of a residence in Chile, during the year 1822, etc., by Maria Graham.* London, 1824.

(2) *Journal of a residence*, páj. 186.

(3) Miers (Juan) habia venido a Chile en 1819, encargado de plantear i dirigir una empresa para la explotacion i beneficio de minas de cobre, trayendo útiles i maquinaria para ese fin. Contrariado Miers en la ejecucion del proyecto, se fijó con su familia en un establecimiento de molino que habia levantado en Concon, aprovechando parte de esa maquinaria, desembarcada en la playa inmediata; i allí residió hasta principios de 1825, en que volvió a Lóndres. Al siguiente año publicó sus «Viajes en Chile», i Rio de la Plata (*Travels in Chile and La Plata*), obra en dos tomos 8.º con mapas i láminas que, tanto por éstos, datos jeológicos i algunos otros sobre sucesos de ese tiempo, no carece de interes; pero que desmerece por el negro humor i el rigorismo ingles con que el autor juzga de hábitos que no son los propios, sin consideracion al atraso en que habian mantenido al pueblo el fanatismo i la pésima política de la España.

de vadear el rápido río de Aconcagua en tres brazos, seguimos a lo largo de un trecho de playa desolada i agreste. Dejábamos a una mano grandes dunas o montecillos de arena, en que no echa raíz ninguna planta verde, i bastante altos para interceptar la vista de los objetos vecinos: i a la otra mano una tremenda resaca verberando incessantemente la playa, que no permite el arribaje de botes o canoas. Hacia la medianía de la distancia entre Concon i Quintero se comunica con el mar la gran laguna de Quintero, por un desagüe que solo en tiempo apacible se abre al traves de la arena, pero que en cualquier otro rompe al traves de la barra, dejando no siempre seguro vado. Cuando lo pasamos estaba cubierto de aves acuáticas.»

«Dejamos la playa, subimos una baja loma i en seguida entramos en una ancha senda de un verde arbolado, i tan plana que parecia obra del arte; cuyas matas, arbustos i árboles mayores, a uno i a otro lado de nosotros, exhalando fragancia de sus hojas, daban abrigo a bandadas de palomas torcaces, tórtolas i perdices, entre las que mi viejo perro de caza, *Don*, andaba como fuera de sí de gozo, i de vez en cuando, despues de hacer punta a alguna de ellas, volvia a mirar atras como reconviniendo porque no se llevaba escopeta. Aquí el viento sud-oeste encorva los árboles lo mismo que en Devonshire, cuando no se hallan al abrigo de las undulosas colinas.»

«La casa que está edificando en Quintero Lord Cochrane, se halla distante de ocupar la mejor o mas placible parte del fundo: tiene el inconveniente de carecer de agua cercana. Pero si se hubiese hecho de Quintero el apostadero de los buques de guerra, como llegó a pensarse, la nueva casa habria reunido todas las ventajas de su inmediacion a la escuadra i de dominarlo todo con su vista. La bahía o mas bien la herradura de Quintero es hermosísima; mejor resguardada de los ríos nortes que la de Valparaíso; mejor provista en sí misma de leña i agua, i mas próxima de Quillota i el valle de Santa Rosa, que pueden suministrar el abastecimiento de los buques. Algunas rocas, que son bien conocidas, yacen a la boca de la bahía; pero dentro de ella, con escepcion de uno que otro paraje, el teneadero es bueno...»

«Tendiendo la vista desde la casa hasta donde se detiene el ojo, sobre el agraciado contorno de la bahía, contrapuesta a los Andes, parece ésta un bello lago de agua dulce que reposa dentro de sus verdes riberas. Suaves colinas se levantan de allí en varias direcciones cubiertas a trechos de matorrales i en parte sombreadas de bosquecillos de crecidos árboles; i en donde se ven mañana i tarde reba-

ños de vacas, yendo i viniendo del bosque al abierto llano, i de la llanura al bosque»(1).

Como otra ilustracion, no pasaremos sin consignar aquí el servicio que prestaba en tiempo de Cochrane, sin duda ántes i talvez despues de él, la desierta i agreste península de Quintero. Aquí se hacian los grandes rodeos del ganado de la hacienda. A uno de ellos asistió aquella dama en este vasto *corral*, labrado por la naturaleza i hoi destinado a ser el asiento muelle de una linda poblacion.

Despues de estos hechos que, desde la primera nave que surgió en Quintero hasta «La Estrella Naciente» (*The Rising Star*), primer vapor que entró en sus aguas (2), desde Almagro i Valdivia, hasta el viajero Schmidtmeyer, el concholojista Cuming, los marinos Hall i i Fitz-Roy, etc.; despues de estos hechos, decimos, que ilustran i han consagrado el nombre de la bahía de Alonso Quintero, solo nos queda que decir algo sobre sus condiciones como puerto i como futuro pueblo.

Quintero yace entre la ensenada de Concon, en que desemboca el rio de Aconcagua, al sur i la de Horcon i puerto de Papudo al norte, distando de la primera unos ocho minutos de latitud o sean catorce i medio quilómetros, i como doble espacio del Papudo. Deja a unos 30 quilómetros hácia el S. S. O. a Valparaiso (3). La ciudad de Quillota, que es su cabecera departamental, queda a 25 o 27 quilómetros al E. S. E., i a un corto trecho por el N E. se le aproxima la aldea de Puchuncaví.

Dos planos especiales conocemos de este puerto. Uno ha sido levantado eu 1835 por los oficiales del buque de la marina inglesa mandado por el capitan, despues almirante, Fitz-Roy: el otro, que es una rectificacion de éste, trazado en 1860 por nuestros distinguidos marinos don Francisco i don Ramon Vidal Gormaz. El que hizo levantar Cochrane por los años 1820 o 1821 parece que se ha estra-

(1) Una lámina que representa este paisaje i que no carece de gracia i de belleza, acompaña la obra mencionada en la páj. 329.

(2) Este vapor, que Mrs. Graham llama «linda polacra» habia quedado construyéndose en Lóndres a la salida de allí de Cochrane, i llegó a Chile por el mes de Junio de 1822. Véase en la obra citada de esa señora, pajs. 172 a 177, la excursion que hizo en él el señor Zenteno, Gobernador de Valparaiso, Cochrane, el cura de la Ligua, la misma señora i otros. Véase tambien «Servicios Navales, etc.» paj. 213.

(3) Distancia por mar. Por tierra es de unos 50 quilómetros; será ménos por ferrocarril.

viado. Segun estos planos, que se acuerdan tambien con las antiguas cartas, la bahía presenta la forma de una herradura, cuya boca o entrada mide cerca de cuatro quilómetros, cerrándola por el O. N. O. el extremo mas occidental de la península del mismo nombre de Quintero, i por el N. E. la punta de la Ventanilla. Su fondo mide poco mas de tres quilómetros, pero interna un tanto mas hácia el S. S. O. por donde dicha península forma la garganta o istmo de que arranca. De aquí se ve que la bahía se halla abierta, como la de Valparaíso, a los vientos del norte, pero perfectamente abrigada a los otros rumbos. Toda la costa sudoeste de la bahía la forma dicha península que termina al N. N. O. en la punta que los Vidal Gormaz llaman de los *Molles* i los oficiales ingleses de *Liles* (cuervos marinos): ahora quiere dársele el nombre de *cabo de Cousiño* al ángulo mas boreal. Casi toda ella es medianamente escarpada, con pequeños recesos de playa, hasta llegar al istmo dicho. Desde aquí sigue la curvidad de la bahía hurtando al E. con playa limpia hasta la punta de la Ventanilla, con escepcion de un pequeño promontorio que despide la restinga llamada punta o rocas de *Loncura* (piedra baja) o *Tanguicura* (piedras caidas). A la espalda la tierra se levanta lijeramente amogotada. En el ángulo nordeste, junto a la punta de la Ventanilla, vierte sus escasas aguas el riachuelo de Puchuncaví, formando en su desagüe la pequeña laguna de *Campiche*.

Todo el ámbito de la bahía es de surjidero cómodo i seguro para un moderado número de buques i de mejores condiciones que la rada de Valparaíso. El tenedero es tambien bueno. Los capitanes Parker King i Fitz-Roy (1) dicen: "Esta bahía ofrece ancladero espacioso i bueno en los meses de verano; algunos lo prefieren aun a Valparaíso. El mejor fondeadero se halla en 13 brazas de agua, a media milla al E. de la punta de Liles (allegado a la cual pueda pasarse). Durante los vientos del norte se logra tener algun abrigo...bajo la punta de la Ventanilla.» Dicen tambien que debe darse resguardo al pequeño arrecife, que no vela o asoma sobre el agua, llamado *roca de la Tortuga*, que yace a unos 370 metros de la costa de la península i 740 de su garanta o istmo (2). El plano ingles da, desde poco al norte de esa roca i en direccion al este, una línea de sonda de 11, 10, 9, 8, 6, brazas de agua, fondo de arena; i al

(1) Sailing Directions for South America; part. II.

(2) Los marinos Vidal Gormaz fijan en esta roca la posicion jeográfica del puerto, dándole 32° 46' 30" Lat. S. i 71° 31' 50" Lonj. O. de Greenwich, o sea, 51' 14" O. del Observatorio de Santiago.

sur de la misma 5, 7 brazas. El brazaje del plano chileno, desde dicha roca lesnordeste, es de 5, 8, 9, 10, 12, 12½, 12, 11, 8, 7, 3 brazas de agua; fondo arena, cascajo, fango. Fuera de esta línea la sonda aumenta, i dentro de ella en el ángulo sudoeste, se marcan de 9 a 4 hasta muy cerca de la playa, sin bajar de 3 brazas. En el ángulo nordeste, abrigado por la punta de la Ventanilla, se dan por 10 a 5 brazas de agua, en un buen espacio (1).

Las naves del corsario Tomas Cavendish fondearon en el ángulo sudoeste de la bahía en 7 brazas de agua, arena blanca. La escuadra holandesa, que constaba de seis buques, cuatro grandes (*large ships*), ocupó el mismo fondeadero en medio del invierno, i durante su manjion léjos de experimentar dificultad alguna, la relacion del viaje de Jan Cornelisz o Mensch-eter, uno de los pilotos, asegura que la bahía ofrecía toda comodidad i resguardo para cualquiera clase de buques; i en el lenguaje de la version latina se espresa *portus hic nulli secundus* que el padre Ovalle traduce «a ninguno cede este puerto.» Por fin, nuestro ilustre contra-almirante Simpson, maniobrando aquí con los buques de la escuadra en la «estacion de nortes i lluvias» le llama «cómodo i hermoso surjidero» (2).

Con todo esto, se hace estrañar un oficio que el señor Echáurren, Intendente de Valparaíso, ha dirijido el 3 de agosto último al señor Ministro de Marina en que tiende a presentar, bajo una luz desfavorable, las condiciones que recomiendan a Quintero como puerto i como asiento de poblacion. Esperemos a que las mejoras que en él van a realizarse fijen su mérito. Pero lo que mas estraño ha de parecer a cuantos conocen el puerto de Quintero, i son todos los jeógrafos nacionales i extranjeros, todas nuestras historias i relaciones de viajeros, i hasta el vulgo de nuestro país, es que el desaconsejado señor Echáurren venga en un decreto a borrar de una plumada el nombre de Quintero, consagrado por la tradicion i hoi familiar a todos, por un nombre que, si puede significar algo para las glorias navales de nuestra República, no era exigido por una razon premiosa para sustituirlo al que tenia el bautismo del tiempo (3). Esta voluntariedad del Intendente de Valparaíso, va sin embargo a ser inútil; pues siempre el puerto

(1) Miers, Travels, etc. tom. I. página 416, dice que el terremoto de 19 de Noviembre de 1822 desmejoró considerablemente la bahía solevantando el fondo cuatro piés; pero este hecho se niega por el concholojista inglés Hugo Cuming, que tambien por ese tiempo reconoció esas imediaciones.

(2) Oficio de Junio 27 de 1860.

(3) El decreto aludido del Intendente de Valparaíso es de fecha agosto 8 de

de Quintero, seguirá llamándose Quintero i sucederá lo que ha sucedido con Puerto-Montt, llamado así por su fundador el señor Pérez Rosales, que, por enemiga de la Administracion pasada a este nombre, se pretendió hacerlo desaparecer: el nombre estaba dado, i permanece.

A este respecto vamos a traducir una de las instrucciones dadas por la Oficina Hidrográfica de Lóndres a la Comision esploradora de las costas de Sud América en 1831. Dice así: «La aficion de dar multiplicidad de nombres nuevos i sin sentido, de poca monta a lo que parece, tiende a confundir nuestros conocimientos jeográficos. Una vez estampado un nombre en un lugar por su primer descubridor, deberia tenerse como sagrado por el comun consentimiento de todas las naciones; i en nuevos descubrimientos seria mucho mas beneficioso hacer que el nombre espresara alguna idea de la naturaleza del lugar; o si es inhabitado, adoptase la denominacion indíjena, ántes que agotar el catálogo de los hombres públicos o de los amigos particulares del propio país» (1).

Ya se ha dicho que el pequeño procurrente o península forma el costado sudoeste del puerto de Quintero. Esta prolongacion de tierra, bañada a uno i otro lado por el mar, se estiende del S. S. E. al N. N. O. cerca de dos quilómetros; siendo su ancho, en la garganta, por donde se une a los terrenos inmediatos, de 580 a 590 metros, i su mayor ancho, hácia la medianía o frente al sitio destinado al gran hotel del pueblo, poco mas de un quilómetro. Sobre este hermoso tramo de tierra, comprado hace poco con todo el litoral de la bahía de Quintero por nuestro emprendedor amigo don Luis Cousiño, ha resuelto él mismo fundar un bello pueblo, cuya planta, con sus 23 avenidas de 24 metros de espacio i 11 calles de 14 metros, cruzándose en proporcionadas distancias i en variados jiros, con sus parques i jardines, etc., lo va a constituir una especialidad entre los demas de Chile.

A esta poblacion se traerá un ramal del ferrocarril de Santiago a Valparaíso por el concurso de una sociedad anónima, en que ya han

1872, i se ha publicado en los diarios de Valparaíso el 22 i 23 i en los de Santiago el 24 de este mes; i dice:

“Permítese al señor don Luis Cousiño fundar una *nueva poblacion* a la orilla del mar en el lugar denominado *Quinteros* (Quintero)”...

«La nueva *poblacion* llevará el nombre de *poblacion i puerto de Cochrane*”.....

El decreto es notable por varias incorrecciones.

(1) Narrative of the Surveying Voyages of his Majesty's ships «*Adventure*» and «*Beagle*». Vol. II, páj. 34-5.

tomado parte un gran número de vecinos de ámbas ciudades con derecho a sitios en el nuevo pueblo. Con esta accion i las facilidades que sabe prestar su fundador, Quintero se cubrirá bien luego de bonitas casas, *cottages*, *chalets* i otras moradas, caprichosas o clásicas, modestas o suntuosas; i podrá asemejarse a una bella nereida que ha surjido del fondo de la bahía i ha venido a sentarse sobre la península suelta su húmeda cabellera, prendida de corales i de la verde alga marina.

En adelante el pueblo i puerto de Quintero seguirá tambien asociado al nombre de un cumplido caballero, de un chileno que se le ve disponer con largueza i sin afectacion de su crecida fortuna, en facilitar la educacion del pobre, en fomentar la agricultura, en formar un magnífico paseo para el público de la capital, i ahora en preparar una poblacion i un puerto, para lo que cede graciosamente en favor del público i del gobierno, gran estension de terreno valioso; un centro, en fin, que contendrá bellos edificios i ofrecerá las comodidades de la vida culta i civilizada, donde se reunirá a no mucho tardar un pueblo industrial i selecto.—*A tout seigneur tout honneur.—Transeat in exemplum.*

FRANCISCO SOLANO ASTA-BURUAGA.

A UNA JOVEN LOCA DE PESAR

Era joven, era bella,
Era de su hogar la estrella,
I su brillante fulgor
Iluminaba la vida
De otra alma a que estaba unida
Con ardiente i casto amor.

Esa alma volóse al cielo,
I ella se abisma en el duelo;
Siente pánico pavor:
Murió, dijo..... i queda luego
En espantoso sosiego,
En silencio aterrador.

¡Miradla en su hogar sentada
Con la frente reclinada
Sobre su pálida sien!
No se queja ni suspira;
Mas la infelice delira
Con otro mundo, otro eden.

Ese hogar que ha sido el templo
De la dicha, i el ejemplo
De la honradez i virtud
Hoi es escombros, memoria.....
De la vida esa es la historia:
Una cuna, un ataud.....

Víctima del dolor, niña sensible,
Un poema de amor tu faz revela
I en tu mirada incierta i apacible
Hai algo de fatídico que hiela!

Dime qué sientes cuando así abismada
 Ves pasar ante tí hora tras hora?
 Qué busca en el espacio tu mirada?
 Por qué tu corazón sufre i no hora?

En vasta soledad hoi vaga tu alma
 Huérfana de placer, de luz, de vida.....
 Quizá el delirio sus dolores calma
 Talvez soñando su pesar olvida.

Eran dos seres en una alma sola,
 Belleza, juventud, amor constante
 Formaron lazos que la muerte inmola
 Dejando herida a la infeliz amante.

Cual en tallo jentil flor hechicera,
 De la naturaleza hija mimada,
 Principiaba su hermosa primavera,
 Por un rayo de amor acariciada.

Mas negra tempestad cubrió su cielo,
 Un rayo vino al corazón derecho,
 Dejó cenizas al herirlo, i hielo
 I llanto, i soledad dejó en su lecho.

I llanto? Llanto nó, que si rodara
 Por su pálida faz líquida perla,
 Las nieblas de su mente disipara,
 I el ángel del dolor sonriera al verla.

Esa gota voraz del sentimiento
 En sus tranquilos ojos ya no asoma:
 Hoi duerme en esa frente el pensamiento
 Cual duerme bajo el ala la paloma.

Dejadla, por piedad, que si despierta
 Llamando el dulce esposo que ha perdido,
 Verá una tumba ante sus piés abierta
 I el alma lanzará con su gemido.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

A LOS DIRECTORES DE LA "REVISTA"

SEÑORES DIRECTORES:

Remito a Uds. las breves, pero interesantes páginas referentes al descubrimiento de Chiloé por don Alonso de Ercilla, que debo a la complacencia de don Francisco Vidal Gormaz. Este hábil marino, infatigable explorador de nuestra costa austral i de los archipiélagos que pueblan sus mares, apenas ha tenido tiempo para redactar a toda prisa, sobre su cartera de viaje, las observaciones palpitantes de interés, que ya me habia referido en su animada conversacion, i que hoi he conseguido arrancarle por escrito.

Con la *Araucana* en la mano, recorria Vidal, en 1871, los mismos parajes que, a fines de febrero de 1558, atravesó por vez primera el poeta-soldado, hasta grabar su nombre de descubridor en la frágil corteza de un árbol de Chiloé. El árbol acaso ha desaparecido, pero la octava real en que Ercilla grabó el hecho, vivirá mas que los mármoles.

La *Araucana* sirvió a Vidal de derrotero minucioso cuando se propuso seguir las huellas del poeta, borradas de la arena por el viento de tres siglos, i encantado quedó de la fidelidad descriptiva de aquellas robustas octavas que le sirvieron de guía. Sinembargo, se las acusa de ceder a la fuerza del consonante i a los mirajes de la fantasía ántes que a las exigencias de la verdad.

El cargo es infundado. Ercilla sacrificó las bellezas de la forma i los arrebatos del lirismo a la fidelidad histórica i jeográfica. De este sacrificio resulta un doble cargo formulado contra el poeta: por demasiado fiel en cuanto a los hechos históricos, por inexacto en cuanto a las descripciones. Aceptando el primero, i desechando el segundo en vista de la esposicion de Vidal, la *Araucana* adquiere un sin-

gular valor como documento histórico, de que están mui léjos las demas composiciones épicas.

Don Andres Bello en su exámen de la Araucana, considerándola bajo el punto de vista de la estética literaria, afea a Ercilla su sujecion *algo servil* a la verdad histórica en mengua de las galas poéticas.

Las investigaciones del señor Vidal dan nuevo realce a la pomposa historia de las tribus araucanas en los primeros dias de la conquista, esculpida en versos heróicos de magnífica amplitud i de exacta verdad. Las noticias que hoi nos trasmite, aunque lacónicas, desvanecen el último cargo lanzado contra el soldado testigo i actor, ya no como poeta sino como pintor fiel i minucioso de los nuevos pasajes que reconoce i describe. Ercilla sabia ver i sabia decir, a diferencia de Oña que dice lo que imagina i pinta lo que no ve.

Vidal Gormaz, despues de tres largos siglos, recorre los mismos lugares que Ercilla i ve i admira lo que él vió i admiró. Para la vida del planeta los siglos son dias, i, en los incesantes cambios que desmoronan las montañas i colman los mares, tres siglos no bastan a dejar perceptible huella. Allí está el abierto golfo; allá a lo léjos levantan sus canastillos de verdura las islas del archipiélago. En la arenosa playa la ola de ayer sigue a la ola de hace tres siglos, i el explorador chileno como el conquistador español, puede decirnos, que:—

..... a la bajada
de la ribera, en parte montüosa,
halló fresca la blanca coronilla
del fruto de la murta, que vió Ercilla.

¿De dónde nace, entónces, el cargo de infidelidad descriptiva lanzado contra la Araucana?—Ese cargo proviene de una grave confusion de lugares.

Se supone que la columna aventurera de Hurtado de Mendoza, en que iba enrolado el bravo capitán don Alonso, hizo alto en Carelmapu para divisar desde allí el archipiélago chilote, i que el antiguo rio Purahilla, hoi el Maullin, es el «chondo i veloz desaguadero» que cruzó el poeta.

Vidal hace ver lo antojadizo de semejante suposicion, i la desautoriza del todo, probando que la columna espedicionaria avistó el archipiélago desde las playas de Melipulli, desde donde se domina el ámplio golfo de Reloncaví i se divisan las islas agrupadas de Calbuco, que bordan aquellas aguas.

La columna militar restaura sus fuerzas i de nuevo se pone en marcha en direccion al sur, siguiendo las sinuosidades de la costa, i dividiendo a medida que avanza las nuevas i numerosas islas ancuditanas, que parecian salir del océano para contemplar a sus futuros señores. A los tres dias los castellanos fueron detenidos por «un hondo i veloz desagadero,» que segun Vidal, es el canal torrencioso de Chacao. Dió aquí don García por terminada la espedicion i tocó a retirar. Ercilla, sin embargo, no volvió cara, sino que, destacándose con diez de sus compañeros, atravesó el estrecho i no sin peligro abordó la isla grande de Chiloé por la punta de Puqueñun.

Vidal Gormaz ha recorrido la isla en todas direcciones i la conoce palmo a palmo; por eso, sin miedo de equivocarse, puede afirmar que aquella árida punta es el único paraje a que exactamente se aplica la descripcion de Ercilla. Aquel es el único punto de la verde isla que sea terreno ingrato i arenoso, sembrado de dunas movedizas, mas que de ramosos matorrales i airosos bosques de árboles robustos i delicados helechos.

No es pues estraño que haya total discordancia entre el crítico i el poeta, si ámbos siguen diversos derroteros que conducen a la contemplacion de diversos panoramas.

Desvanecido el error, adquiere la Araucana nuevo lustre como documento histórico, minucioso i exacto no solo al contar los hechos sino al describir los lugares, teatro hazañoso de los veteranos de la Flandes i del indómito araucano, no ménos valiente i sagaz i jeneroso i esforzado.

Los suscritores de la REVISTA hallarán amena lectura en las juiciosas observaciones arrancadas a la cartera de viaje del explorador chileno, que, como otras muchas, su jenial modestia tenia condenadas al olvido.

De Uds. etc.

E. DE LA BARRA.

ERCILLA

I EL DESCUBRIMIENTO DE CHILOÉ

Ercilla, describiendo los hechos en que él mismo intervino, los hechos de sus compañeros de armas, hechos conocidos de tantos, contrajo la obligación de sujetarse algo servilmente a la verdad histórica.—
LA ARAUCANA, juicio crítico por don Andrés Bello.

Ocupado de explorar parte de la rejion austral de Chile desde algunos años há, he necesitado compulsar algunos documentos históricos relativos a los puntos que estudiaba, no tanto por ilustrarme en la crónica de aquellos tiempos i lugares sino para confrontar los conocimientos jeográficos alcanzados en diversas épocas.

Ercilla, como lo dice mui bien el respetable autor de las líneas con que encabezamos estos apuntes, es uno de los mas prolijos i notables, i podemos asegurar que el señor Bello decia una profunda verdad al escribir en su juicio crítico sobre la *Araucana* la sentencia a que nos referimos.

Leer a Ercilla sobre el terreno que describió a mediados del siglo XVI, hace admirar al gran soldado i al poeta historiador no ménos que al jeógrafo, que con tanta exactitud permite reconocer las huellas de los conquistadores despues de tres largas centurias.

Hacer conocer uno de sus rasgos jeográficos mas notables, ordinariamente mal interpretado, es el móvil de las siguientes líneas.

La cansada columna del presidente de Chile, don García Hurtado de Mendoza, de la que formaba parte don Alonso de Ercilla i Zúñiga, despues de su larga peregrinacion a través de los bosques de Valdivia, descubrió

«de Ancud el espacioso i fértil raso,
 «i al pié del monte i áspera ladera
 «un estendido lago i gran ribera.

«Era un ancho archipiélago, poblado
 «de innumerables islas deleitosas,
 «cruzando por el uno i otro lado
 «góndolas i piraguas presurosas.» (1)

Aceptando estos versos de Ercilla, no nos es posible dejar de hacer algunas observaciones a las opiniones contradictorias que circulan en varios escritos históricos. I aceptamos el testo del poeta porque en los numerosos casos que hemos podido comparar sus descripciones sobre el terreno mismo a que se refiere, es tan rigurosamente exacto que admira; por lo que jamas, así lo creemos, pudo haber terjiversado la historia sometiendo su pujante númen al rigor de un consonante.

A pesar de los versos citados, hai quien cree que Carelmapu es el punto desde donde divisaron los exploradores al archipiélago de Chiloé, i de la misma manera se supone tambien que el rio Maullin, llamado antiguamente Purahilla, es «el hondo i veloz desagüadero» que atravesó Ercilla el postrer dia de febrero de 1558 (2), i donde se detuvo la columna de don García al avistar el archipiélago. Por nuestra parte estamos mui léjos de aceptar tales suposiciones, desde que sobre el terreno, descrito admirablemente por el poeta, hemos escuchado sus armoniosas octavas.

Ercilla, al anunciar el descubrimiento, nos habla de «un estenso lago situado al pié de un monte de áspera ladera», i luego agrega: «que era un ancho archipiélago poblado de numerosas islas.»

Desde las riberas del Maullin, cualquiera que sea el punto que se elija, no se sospecha la existencia de lago alguno ni mucho ménos se divisa un monte de áspera ladera. Desde Carelmapu tampoco puede verse lago o montaña que concuerde con la descripcion de don Alonso, por lo que creemos desechables las anteriores suposiciones i mal interpretada la descripcion de Ercilla.

La columna de don García Hurtado de Mendoza debió avistar el archipiélago desde el antiguo Melipulli—hoi puerto Montt—o desde las alturas que miran hácia la isla de Maillen, en el seno de Reloncaví; i solo así se puede poner de acuerdo el testo de Ercilla con la re-

(1) *Araucana*, canto 35, octava 40 i 41.

(2) *Diccionario jeográfico de Chile*, por Asta-Buruaga, voces CHACAO i MAULLIN.

jion citada, admirando a la vez el rigor de sus descripciones. Desde cualquiera de esos dos puntos se domina el espacioso seno de Reloncaví i algunas islas del archipiélago, como asimismo «la gran ribera al pié del monte» de Calbuco o volcan Yate, que se dibujan sobre las cristalinas aguas del Reloncaví.

Avistado el archipiélago, que no puede ser otro que el grupo de islas de Calbuco, descendieron los descubridores sobre la costa, cosa que no hubieran tenido que hacer por Maullin o Carelmapu, donde no se presenta rejion elevada que obligase al poeta a espresarse en estos términos:

.....«a la bajada
de la ribera, en parte montüosa,
hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa.» (1)

El mismo dia, reparadas las fuerzas de la cansada columna con los jenerosos recursos suministrados graciosamente por los isleños, i

«Esforzada así desta manera,
i tambien esforzada la esperanza,
se comenzó a marchar por la ribera,
segun nuestra costumbre, en ordenanza;
i andando una gran legua, en la primera
tierra que pareció cómoda estanza,
cerca del agua, en reparado asiento
hicimos el primer alojamiento.» (2)

Al dia siguiente continuaron su marcha, llevando

.....«el rumbo al sur derecho,
la torcida ribera costeano,
siguiendo la derrota del estrecho,
por los grados la tierra demarcando:
pero cuanto ganábamos de trecho
iba el gran archipiélago ensanchando,
descubriendo a distancias desviadas
islas en grande número pobladas.» (3)

El marchar “al sur derecho” siguiendo la torcida costa i la circunstancia de que el archipiélago se ensanchaba al paso que hacian camino, como asimismo el hecho de avistar mayor número de islas,

(1) *Araucana*, canto 35, octava 44.

(2) *Id.*, id. 36, id. 11.

(3) *Araucana*, canto 35, octava 17.

es del todo concluyente. Si el descubrimiento del archipiélago de Ancud hubiese tenido lugar por Maullin o Carelmapu, de seguro que el poeta no hubiese descrito con tanta semejanza la costa occidental del seno de Reloncaví i el grupo de islas de Calbuco.

El segundo día de marcha, dice Ercilla que visitó la isla principal (Puluqué?), reconoció dos mas i rodeó algunas otras (1). Luego agrega:

“Pues otro día que el campo caminaba,
Que de nuestro viaje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba,
Hallamos por remate i fin postrero
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo i veloz desaguadero,
Que la corriente i ancha travesía
El paso por allí nos impedía.” (2)

Esta octava hace mas evidente que el camino seguido por las tropas de don García era la costa ántes indicada i de ninguna manera la del Océano. Por otra parte, demuestra tambien que el término del viaje fué el canal de Chacao i no el río Maullin o Purohilla; que a haber sido éste, en medio día habrían dado con el desaguadero; mas el poeta solo habría tenido a la vista las rocas llamadas hoy día farellones de Carelmapu i la isleta de doña Sebastiana, todas casi inabordables i sin habitantes. Lo que no concuerda con las islas descritas por Ercilla, que eran bien pobladas i abundantes de recursos i de embarcaciones.

Don Alonso de Góngora i Marmolejo, en el capítulo 29 de su historia de Chile, hace sospechar que la senda seguida por Hurtado de Mendoza llevaba los Andes a corta distancia, i no de otra manera podían haber visto el gran lago que llamaron de Valdivia, el Llanquihue. Siendo así, la version de Marmolejo, historiador coetáneo al descubrimiento de Chiloé, está tambien de acuerdo con Ercilla en cuanto al punto desde donde avistaron el archipiélago.

El obstáculo ofrecido por el estrecho de Chacao, parece que decidió a don García a dar por terminada la marcha i dispuso su vuelta al norte, huyendo del invierno i para darse tiempo de poblar a Osorno, lugar con el que había simpatizado en su marcha al sur; pero ántes de verificarlo comisionó, al licenciado Altamirano para que con

(1) *Araucana*, canto 35, octava 19 i 21.

(2) *Araucana*, canto 35, octava 22.

algunas piraguas fuese a reconocer mas adelante. A esta partida parece que iba agregado el poeta Ercilla; pues de lo contrario habria hecho mencion de ella en su notable poema, en vez de pintar a la columna de don García en retirada despues del tercer dia de reconocimiento.

Altamirano, con su jente, solo reconoció el grupo de islas de Calbuco i las riberas del desaguadero de Ancudbox hasta Carelmapu, su parte occidental; i prueba de haber estado en este último punto se encuentra en la narracion de la malograda espedicion al Magallanes de Juan Ladrilleros, en que se asegura haberles oido a los indios que nombraban con frecuencia a Altamirano, en noviembre de 1558, circunstancia que probó a esos desgraciados marinos que alguna columna española habia llegado hasta Carelmapu, llamado en aquel tiempo Chanqui, nombre que conservan hasta el presente las alturas de la península de Chocoi.

Trazada ya la senda seguida por los descubridores, veamos cuál puede ser el punto de la isla grande de Chiloé en que abordó Ercilla cuando cruzó el Chacao, para grabar en el tronco de un árbol la fecha del descubrimiento. Sigamos al poeta un poco mas.

Mas yo, que mis designios verdaderos
 eran de ver el fin desta jornada,
 con' hasta diez amigos compañeros,
 jente gallarda brava i arriscada,
 reforzando una barca de remeros,
 pasé el gran brazo i agua arrebatada,
 llegando a zabordar, hechos pedazos
 a puro remo i fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
 sin lengua i sin noticia, a la ventura;
 áspera al caminar i pedregosa,
 a trechos ocupada de espesura;
 mas visto que la empresa era dudosa
 i que pasar de allí seria locura,
 dímonos vuelta luego a la piragua,
 volviendo a atravesar la furiosa agua (1).

Por la primera octava puede verse claramente que el gran brazo i agua arrebatada no puede ser el rio Maullin, cuyas pandas aguas se mueven suavemente a impulsos del flujo i reflujo del Océano. Por otra parte resaltaria desde luego el desórden en la discripcion de Ercilla;

(1) *Aracana*, canto 36, octavas 26 i 27.

pues para que así fuese, era necesario que hubiese atravesado «el hondo i veloz desaguadero» antes del descubrimiento del archipiélago de Ancud, mientras que, según se ha visto, después de tres días de marcha, siguiendo al sur derecho la torcida costa, llevando a la vista numerosas islas pobladas, i solo entonces, fueron detenidos por el desaguadero o canal de Chacao.

Por la segunda octava se viene en conocimiento que la punta de Pugueñun o sus inmediaciones, únicos puntos que concuerdan por su naturaleza con la descripción del poeta, ha sido el local donde abordaron los valientes castellanos al cruzar las raudas aguas del Chacao; i solo éstas podían conmover la imaginación de Ercilla hasta el punto de calificarlas de «arreatadas i furiosas».

La naturaleza arenosa de Pugueñun,—en partes aluvial, con sus riberas respaldadas por dunas, matorrales i bosques a trechos,—concuerda perfectamente con la descripción de Ercilla. Cualquiera otro punto de la costa de la isla grande de Chiloé es inaceptable.

Conocida la senda seguida por don García Hurtado de Mendoza, la región por donde avistaron el archipiélago de Ancud; i el punto que abordó Ercilla en la isla grande, concluiremos por la fecha del descubrimiento.

La más aceptada es la que da Ercilla i que asegura haber grabado en el tronco de un corpulento árbol, sobre la costa norte de la isla grande del archipiélago, como un recuerdo de su atrevida empresa, por medio de la octava siguiente:

Aquí llegó donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solo diez posó el desaguadero;
el año de cincuenta i ocho entrado
sobre mil i quinientos, por febrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía (1).

Esta interesante ficción del poeta, pues no es posible que se grabara una octava real sobre la corteza de un árbol, nos ha conservado la fecha del descubrimiento.

Chiloé, pues, fué avistado desde el seno de Reloncaví el día 26 de febrero, teniendo lugar la atrevida empresa de cruzar el Chacao dos días después, o sea el último día de febrero de 1558.

F. VIDAL GORMAZ.

(1) *Aracana*, canto 36, octava 29.

VENECIA

(CONTINUACION)

Luego llegó la noticia a la Casa de los Comunes, el capitán Cadurcis, lord Scrope i otros jóvenes inmediatamente dejaron sus asientos. Saltaron sobre sus caballos i cargaron sobre el populacho ya casi triunfante. La multitud, sin embargo, continuó luchando mientras tuvo delante hombres sin armas, pero tan pronto como vió avanzar un escuadrón de soldados, dejó la plaza completamente abandonada.

En las naturalezas delicadas como la de Cadurcis, solo hai un paso de la tranquilidad a la mas violenta desconfianza. La esperiencia de aquel día, abrumadora para él, le habia hecho sentir todo lo que tienen de amargo los ultrajes de la sociedad i él estaba resuelto a ultrajarla. Sin embargo, su memoria le pintaba con cariño el valiente celo de su primo i la noble conducta del Obispo. Solo le preocupaba la idea que Venecia podria formarse de toda aquella historia, que ya sabia él cómo el público jeneralmente la contaba. Por lo demas, el juicio del mundo entero nada le importaba, todo lo aborrecia i execraba, su único pensamiento era abandonar la Inglaterra para no volver a ella nunca mas.

XXIII

Las tranquilas aguas del ancho lago reflejaban el azul de un cielo sin nubes. Estaban cubiertas de villas las jentiles faldas de los verdes cerros que bordeando al lago ya formaban ensenadas pintorescas, boscosos promontorios o se abrian en valles de una belleza virjinal:

aquí i allá se levantaba una capilla solitaria i la sombría cúpula de un pino. Una barrera de montañas azules descubria sus formas mas allá de los cerros inmediatos. De cuando en cuando se armaban como los espectros de una mascarada los nevados ventisqueros de los Alpes.

Hacia ya una hora que el sol se habia puesto i las largas sombras de los cerros se proyectaban sobre el lago: un ancho bote movido por dos remeros se acercaba a un terrado de mármol.

—Vendrán esta tarde Vittorio, dijo uno de los remeros al otro.

—Me parece que sí, porque este aire le hará a la jóven suiza mas bien que cincuenta doctores.

En ese momento una sirvienta apareció en el terrado i poco despues lady Annabel bajó las gradas, acompañada de Venecia que se apoyaba en su brazo.

Brilló al verlas el semblante de los dos boteros i los dos preguntaron con ternura i sentimiento por la salud de Venecia.

—Yo creo mis amigos, que despues de todo Uds. tienen razon i el lago va a curarme.

La nueva aparicion de aquellos síntomas que en otro tiempo habian reducido a lady Annabel a llevar su hija a Weymuth la determinaban ahora a hacer un paseo por Italia; pero las fatigas del viaje dejando exhaustas las fuerzas de Venecia los detuvieron a orillas del lago Maggiore, donde habia pasado dos meses, sufriendo todavía por su gran debilidad pero no sin ventajas sin embargo.

Allí solas i tranquilas se entregaban a esa feliz situacion que cria en el espíritu la contemplacion del mundo sensible. Solo un amigo vino a mezclarse en ese diálogo íntimo i mudo con la naturaleza grande i divina. Era el capitan Cadurcis: el amigo querido que encantaba a lady Annabel por su nobleza, severidad i recordaba a Venecia ese nombre de Cadurcis que ella amaba apesar suyo. Pero la permanencia del capitan no podia ser larga i la nueva situacion en que Venecia se encontraba tocó luego a su fin.

—Mañana se va, le preguntaba la jóven al capitan paseándose con él por el terrado.

—Debo salir al amanecer i tengo que andar aprisa porque ántes de un mes debo llegar a Sicilia.

—Sicilia! Porque se vá a Sicilia?

El capitan se sonrió.—Porque tengo que ir a ver a un amigo nuestro.

—¿Plantajenet?

El capitan hizo una señal de asentimiento.

—¡Pobre Plantajenet!

—Su nombre ha estado muchas veces en mis labios.

—Estoi cierta de eso. ¿I como está?

Me escribe mui contento. Ha viajado por España i ahora está en que se yó que parte de Africa pero debemos encontrarnos en Sicilia. Creo que los viajes le han hecho mucho bien.

—Yo quisiera que volviera a Inglaterra.

—Solo hai una circunstancia que pudiera determinarlo. I despues de una pausa añadió el Capitan i ¿Ud. no me pregunta cual es?

—Yo quisiera que viviese en Inglaterra i que viviese feliz.

—Está en su poder hacerlo así.

—Es inútil que hablemos de eso. Plantajenet sabe cuales son mis sentimientos respecto a él, pero él destino se ha opuesto a nuestra union.

—I ¿qué le diré en su nombre cuando nos encontremos?

—Háblele de mis sentimientos que siempre ha poseido sin merecer jamas.

—¡Pobre Cadurcis! exclamó el capitan sacudiendo la cabeza. Si ha habido un hombre desgraciado es él.

Poco despues de la partida del capitan, los Herbert continuaban su viaje. Se viajaba entónces cruzando la rejion de Italia que une a la una gran fertilidad de bellezas pintorezcas tradiciones tan brillantes como las que rodean la última residencia de Petrarca. Esta parece haber sido espresamente formada para el retiro de un poeta.

Se levanta sobre una cumbre elevada que rodean pinos i viñedos dominando un estenso panorama que alcanza hasta las orillas mismas del Adriático.

Nuestros viajeros fueron sorprendidos al saber que la casa del poeta era habitada por un propietario mui distinto del labriego que aguardaban encontrar en ellos. Oyen decir que un caballero aleman la habia hecho su residencia. Los aldeanos alababan profusamente a los viajeros el carácter noble i la jenerosidad inagotable de aquel hombre que consagraba su vida al estudio i a la felicidad de cuantos le rodeaban. El enfermo, el menesteroso, el desgraciado encontraban en él un consuelo i un auxilio; habia enviado a Bolonia un jóven cuyas aptitudes para la pintura le habia llamado la atencion, a otros facilitaba recursos para que estudiaran las matemáticas o la medicina en las mas celebres universidades europeas. Las jentes lo creian médico porque asistia a los enfermos i hasta se hablaba de que alguna vez habia operado con éxito. Desde les tiempos de Petrarca nadie habia gozado de tan gran popularidad como este jeneroso aleman.

Las animadas narraciones de su infatigable bondad interesaron a lady Annabel i su hija quienes quisieron conocerlo.

No estaba en su casa, pero habia dejado órden de mostrar su habitacion a los que quisieran en su ausencia visitar el retiro del poeta italiano. Todo era allí sencillo, solo llamaba la atencion la inmensa cantidad de libros que se veia en todas partes i el retrato de una hermosa mujer que la sirvienta llamaba «la señora.»

—Pero esta no es una fisonomía alemana, dijo Lady Annabel.

—La señora es italiana, contestó la sirvienta.

—Es mui bonita.

—Oh! mamá cuánto me habria gustado encontrar estas jentes tan felices porque deben ser felices.

—Ah! si Ud. conociera al caballero! El lo ha arreglado todo. No permite que nadie trabaje en el jardin. Hace una semana que fué a Bolonia a ver a nuestro Paulo. Si la señora quisiera esperarlo un poco lo encontraria aquí.

—No podemos esperar, pero Ud. dará las gracias en nombre nuestro a su señor por la amabilidad con que hemos sido recibidas. Todos Uds. deben ser felices con un amigo como él.

Cuando lady Annabel i su hija llegaban a Ravigo se desató con furia irresistible una de esas tempestades tan frecuentes al fin de los otoños italianos. Zumbaba el viento con un ruido mas violento que el del trueno i granizaba en medio de una verdadera tempestad. Esta inesperada vicisitud determinó a nuestros viajeros a detenerse en Ravigo donde habia felizmente una cómoda posada.

El edificio habia sido un palacio en otro tiempo i en sus altas galerías, su vasto vestíbulo a que daban las principales habitaciones, conservaba los restos de su esplendor pasado. El hospedero, su mujer, las Herbet i una familia que llegó poco despues que ellas buscando donde ponerse a salvo de la lluvia, eran todos los habitantes de la posada.

Lady Annabel i su hija ocupaban el salon i cerca del fuego conversaban sobre los felices moradores de la casa de Petrarca, recordaban a Cherbury su tranquilidad i su calma. La madre trabajaba una tapicería i la hija salió a buscar un libro para hacerle compañía.

Cuando salia de su cuarto para volver al salon en que su madre la aguardaba se abrió la puerta de la habitacion de enfrente i salió por ella un caballero en traje de terciopelo veneciano. Su estatura era superior a la ordinaria, i su cuerpo considerablemente delgado se doblaba, no ciertamente bajo el peso de los años porque, su semblante retenia las trazas de la juventud. Su cabello largo, principiaba a en-

canecer. Su fisonomía pálida, descolorida, no parecía terrestre, pero sus grandes ojos azules, majestuosamente colocados entre dos párpados ligeramente sombreados, brillaban todavía con su fuego, dando expresión i vida a aquel semblante que aunque bello en sus líneas parecía mas bien el de un cadáver que el de un ser viviente.

La mirada del extranjero se encontró con la de Venecia i pareció fascinarla. Súbitamente ella se quedó sin movimiento, miró de una manera a aquel hombre que tambien se detuvo como una estatua con los ojos fijos en la bella aparición que tenia delante. Una expresión de duda i de ansiedad contrajo la fisonomía de Venecia i luego como haciendo un esfuerzo sobrenatural exclamó en una voz indescriptible: Padre mio! Venecia salió i cayó sin sentido entre los brazos del extranjero.

Así despues de tanto misterio, tanta angustia i sufrimiento, Venecia Herbert encontró a su padre.

Marmino trémulo i ajitado tomó a Venecia al parecer sin vida i la llevó a su cuarto i miraba silencioso las formas inanimadas i desconocidas que de una manera tan estraña tenia entre su brazos. Aquellos lábios ahora cerrados como los de un muerto habian pronunciado una palabra que sacudia su corazon i resonaba todavía como una voz sobrenatural. El miraba el párpado trasparente como si quisiera leer algun secreto en sus venas pelúcidas; tocaba los largos bucles con un dedo trémulo que parecía buscar una vaga i milagrosa prueba de identidad. Aquel ser encantador lo habia llamado padre. Sus sueños nunca le habian pintado a su hija con la mitad de esa belleza. Ella lo llamaba padre! Miraba a su rededor con un aire estraño, i luego miraba a la jóven con una mirada que habia penetrado en su alma. El no se atrevia apensar quién seria. Su pensamiento vagaba por una tierra lejana, visiones de otra vida, de otro pais, se levantaban delante de él turbias i oscuras. Aspiraciones burladas, esperanzas perdidas i el secreto querido de su sombría existencia cruzaban como nubes por su cerebro perplejo. Padre! Era una palabra que lo enloquecía. Aquel ser lo habia llamado así i parecía haber espirado como si fuera una expresión irresistible. Sí, el era el padre de un hijo desconocido que recordaba sin cesar i que ya se habia habituado a mirar como el hijo de sus sueños poéticos mas bien que de la realidad. I ahora venia esta creatura radiante i lo llamaba padre. ¿Estaba despierto i en medio del mundo, o era el delirio de una imaginación sobrecitada, que acaricia siempre la misma idea? Oh! si volviera a hablar. Si los lábios mudos pronunciaran una sola palabra aunque de nuevo lo llamara *padre* i nada mas.

Herbert miró al cielo como si aguardara que un prodigio sobrenatural pusiera fin a la suprema tortura de su espíritu; miraba a su misteriosa compañera: el color de rosa volvía gradualmente a sus mejillas; sus labios parecían temblar con el aliento. Solo había una palabra más estraña para su oído que la que ella había murmurado; quiso contenerla dentro de su pecho, pero un impulso irresistible la llevó a sus labios:

—Venecia! exclamó.

Los ojos de la jóven se abrieron lentamente; miró a su rededor con una mirada de perpleja vaguedad; encontró el semblante de su padre que otra vez con terror i angustia le decia: Venecia! La única respuesta que le dió fué inclinarse con una enerjía nerviosa i esconder su cara en aquel pecho querido.

Herbert la oprimió sobre su corazon. Todavía dudaba de aquel increíble encuentro. De nuevo la llamó por su nombre, i con una confianza que aumentaba, añadió:

—Mi Venecia.

—Su hija, murmuró ella, su propia Venecia..... Estoy como en un sueño.

—La hija de mi corazon ha encontrado su dueño, dijo Herbert con una voz apasionada, al padre que ha vivido tan largo tiempo soñando con ella, al padre que acaso le enseñaron a odiar.

—Oh! nó, nó, exclamó Venecia hablando con rapidez, no a odiar: era un secreto, nadie pronunciaba su nombre.

—Un secreto! Mi existencia un secreto para mi hermosa, mi querida hija! ¿Por qué siquiera no le enseñaron a odiarme?

—Mi padre! ¿Estoy con mi padre? Recuerdo que nos encontramos. ¿Dónde fué? En Aqua? En el jardin? Estoy con mi padre! Oh! déjeme verlo! I se volvió mirando a Herbert con una séria ansiedad. ¿Es Ud. mi padre? Su pelo ha cambiado desde que lo ví; éntonces era dorado. Yo sé que Ud. es mi padre. Ud. no puede engañarme. Yo sé su nombre. No me lo dijeron; yo lo descubrí; pero eso me enfermó, mucho, mucho, i desde éntonces nunca he estado bien. Ud. es Marmino Herbert.

—Venecia! exclamó Herbert oyendo con angustia las palabras incoherentes de su hija. Mi Venecia me ama.

—Oh! siempre lo amo, siempre, siempre. *Antes de conocerlo ya lo amaba. Talvez Ud. no creerá que lo amo. Todo ha sido tan rápido. I cuando yo lo encontré a Ud. me pareció que era un sueño. Yo he leído sus versos. Los sabia de memoria.*

—Dulce cordero de mis afectos. Temo que este encuentro con uno

de cuyo pecho Ud. nunca debió estar separada no sea fatal para su débil cerebro.

—No se lo diré a mi madre, se enojaria.

—Su madre, mi querida ¿dónde está su madre?

—Estaba en Aqua conmigo, i despues en el lago, pero no sé donde estamos. Si pudiera recordar donde estamos lo sabria todo.

—Este es Rovigo, mi hija, la hospedería de Rovigo. Ud. viaja con su madre ¿no es así?

—Sí, i vinimos esta mañana, i llovia..... Ahora lo sé todo.

—I nos encontramos en el vestíbulo, mi hijita, i Ud. me conoció! mi Venecia me conoció. Trate de recordar cómo conoció a su padre.

—Se parecia tanto al retrato de Cherbury; su pelo está un poquito mas cano, pero tan largo, tan largo como en el retrato.

—Ud. veia el retrato de su padre todos los dias?

—Oh! nó, le contestó Venecia moviendo la cabeza, solamente una vez. I no se lo dije nunca a mi mamá. Estaba en un cuarto donde nadie podia entrar excepto mi mamá, pero yo entré. Tuve fiebre i entonces lo confesé todo. Muchos años despues mi mamá me dijo que se lo habia confesado. Esa fué la primera i la única vez que me ha hablado de mi padre.

—I ella le enseñó a odiarme i a aborrecerme? I ella le dijo que yo era un malvado, un villano, un demonio? Eh! No fué así, Venecia?

—Ella me dijo que Ud. habia destrozado su corazon i que le pedia a Dios que su hija no fuera tan desgraciada como ella.

—Oh! mi Venecia, ahora veo que pudimos haber sido felices.

Entretanto, la ausencia de su hija principió a inquietar a lady Annabel que supo con sorpresa que Venecia habia entrado al aposento del extranjero.

Ella entró a la habitacion que le indicaban i lo primero que pudo ver fué a su hija en los brazos de un hombre que tenia inclinada la cabeza i la besaba. A pesar de tan estraña escena, lady Annabel no pareció conmoveerse: solamente dijo en un tono que expresaba mas bien asombro que agitacion: Venecia!

Inmediatamente el extranjero levantó la cara, i lady Annabel vió a su marido. Quedó clavada al suelo. Se puso mortalmente pálida. De repente dió un paso hácia adelante i exclamó con una voz en que habia mas desmayo que decision:

—Vuélvame mi hija!

—No trato de quitársela señora, es suya i es digna de Ud. Pero respete por un momento, le suplico, los sentimientos de un padre que ha encontrado su única hija de una manera tan imprevista.

La presencia de su madre volvió a Venecia a si misma. Su pensamiento quedó claro, su vida pasada i peculiar volvió a su imaginacion con toda su vividez i toda su verdad. Comprendió completamente su nueva situacion i dominada por sentimientos desde largo tiempo acariciados i la necesidad del momento se arrojó a los piés de su madre exclamando:—¡Oh! madre, es mi padre!

—Annabel, le dijo Herbert con voz trémula apesar de los esfuerzos que hacia por parecer tranquilo, sea jenerosa! Jamás he querido arrebatarle lo que le pertenece i así lo haré ahora. Si Ud. no quiere tratarme con cariño, a lo ménos no me trate con aversion delante de nuestra hija.

Todavía ella se quedó sin voz ni movimiento, ocultando el semblante a su marido i a su hija, pero revelando en su altiva actitud su pensamiento inexorable.

—Annabel, continuó Herbert que se habia retirado a alguna distancia para apoyarse en un pilar, veinte años de desesperacion no bastarán acaso para comprar un momento de tregua? Yo la he injuriado. Que sea así. No es esta la ocacion de defenderme. Pero, ¿no he sufrido? No es este encuentro un castigo mas amargo que todos los que pudiera soñar su venganza? ¿Acaso no es nada contemplar tan hermosa hija i sentir que es solamente suya? Annabel, míreme, míreme solo un instante, mi cuerpo está encorbado, blanco mi cabello, desgarrado mi corazon, i el principio de la vida huye de este cuerpo desterrado. Ya no soi ese Herbert a quien Ud. en otro tiempo sonrió, sino un hombre herido por muchos sufrimientos. La odiosa conviccion de mi existencia no la perseguirá a Ud. por mucho tiempo; un poco mas, i no quedará de mí mas que el recuerdo. Piense en esto; Annabel, yo le suplico que piense en esto. Oh! créame, cuando llegue la hora fatal que me abrirá la tumba, no recordará Ud. sin satisfaccion que si nos encontramos por casualidad no nos separamos con odio.

—Madre, querida madre, murmuró Venecia, háblele!

—Venecia, su padre la ha visto, ha hablado con Ud. Entre su padre i yo no puede haber nada de comun. Debemos separarnos.

—Oh, nó, yo no puedo irme, añadió Venecia con una voz histérica.

—Entónces déjeme, contestó la madre.

—Madre, Ud. no se irá, Ud. no me dejará, exclamó Venecia en un tono de desesperacion violenta viendo que su madre no parecia ceder. ¿Acaso no son nada sus sufrimientos? Es así como Ud. entiende

mi fidelidad? Deberé yo siempre ser una víctima? Mientras hablaba Venecia, abandonó la mano de su madre; ésta se movió i con el movimiento Venecia cayó al suelo. En el rápido instante en que los dos se precipitaron sobre ella para levantarla, las manos de Lady Annabel se encontraron con las de Marmion.

—Se la entrego a Ud., Annabel! dijo Herbert colocando a Venecia en los brazos de su madre. Ud. me juzga mal si cree que trato de estraviar los sentimientos de esta criatura anjelical. Es suya! que ella le compense todo el mal que le ha hecho a Ud. pero que nunca tuvo intencion de hacerle.

—Madre, háblele! repitió Venecia, pero Lady Annabel continuó en silencio.

—Su madre fué siempre indiferente i fría, Venecia, dijo Herbert expresando al fin la amargura de su corazon exasperado.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

(Concluirá.)

REVISTA DEL MES

Santiago, agosto 31 de 1872.

Balta cae, Gutierrez surge, Pardo le sucede: hé ahí lo que en los primeros dias de agosto nos decia el telégrafo con una concision desesperante. El océano siempre borrascoso de la política interior de Sud América habia llegado a ser un lago manso i cristalino. Las nubes amontonadas en la frontera de la República Arjentina i el Brasil acababan de desvanecerse. ¿Quién era el temerario que perturbaba esta quietud i evocaba la tormenta? Balta ha sido asesinado. Han sido asesinados los Gutierrez. ¿Qué es aquello? Nada todavía. Los cadáveres se han suspendido, se han despedazado, se han carbonizado. Es la escena final del Hamlet, ejecutada por una horda de caníbales. Sangre cobardemente derramada enrojece las calles de Lima, de Lima la ciudad de los vireyes, de los ojos fulminantes, del perfumado i voluptuoso carnaval. La hoguera arde todavía, la turba aspira los vapores i baila al chirrido de la carne que se retuerce devorada por la llama, el orden constitucional se restablece, i las calles no se purifican, i no hai un jesto de indignacion para el verdugo ni una palabra de compasion para las víctimas. La noticia llega a Chile, i la prensa aplaude. El pueblo, se dice, ha castigado un delito de leso-pueblo. Pero ¿cómo sino perpetrando un delito todavía mas atroz de lesa-humanidad? No importa: el militarismo ha recibido un escarmiento, el candidato civil ha triunfado, i sube al poder teniendo ante su vista limpio el horizonte. ¿Está limpio el horizonte en que van a condensarse los vapores de la sangre i en que quedan suspendidas las cenizas aventadas de tres hombres? El pueblo ha hecho justicia. ¿Hace justicia el pueblo que mata al desarmado i que carboniza al muerto? ¿El pueblo de Lima compra a este precio el renombre de justiciero?

Balta ha muerto, i han muerto los Gutierrez. Sin embargo, Balta, que en mas de una ocasion hizo callar el cilindro de las prensas, es el primero que ha hecho vibrar en los campos de su patria el sonido del vapor; i acaso Gutierrez no trató mas que de anticiparse a una revolucion que tenia en Valparaiso su almacen de provisiones i que ya habia minado sordamente el órden establecido. El tiempo pasará, i podrá esplicarse entónces la fuga, la desercion i la derrota de un ejército considerable ante un populacho que no ha sido amasado con el polvo de los héroes. La sangre no es estéril: la turba, acostumbrada a ver correr la sangre del toro, ha hecho correr la sangre humana, i quién sabe si no ha de preferir la sangre humana a la del toro! El Perú se ha transformado: la suavidad de sus convulsiones se ha estinguido. ¿Ha ganado con esta transformacion? Antes de hoi los campos de batalla del Perú eran incruentos como el campo de Marte de Santiago. El poder era la Tierra Santa hácia a donde se dirijia multitud de peregrinos. Se llegaba al templo; i si no se redimian los pecados, por lo ménos las deudas se redimian. Solia quedar el rastro del peculado, rastro de calle pública que al fin se confundia. Ahora pueden quedar las huellas de la sangre que ni se confunden ni se borran.

La tempestad ha terminado; i las aves de mal agüero que se encumbraron mecidas por el viento de la borrasca, protestan que se elevaron para buscar en las alturas un elemento con que destruir esa misma tempestad. Es una manera de volver al nido; pero el nido cuenta ya con otros pobladores, i los vientos que llevan no son los vientos que traen. El órden se ha restablecido en el Perú; i Valparaiso, la caja de Pandora de la costa del Pacífico, se ha abierto nuevamente, i el miasma revolucionario va a infestar la admósfera siempre predispuesta de la costa de Bolivia. La conflagracion no prende. El jeneral Quevedo llega a una poblacion en que se enciende la mecha para partir la roca i no para derribar gobiernos. La chispa no alcanza a traspasar ni los desiertos ni las montañas. El jeneral tiene que huir, i Bolivia puede respirar.

De Chile ha partido el jérmen, pero Chile es como un perfumista que no usa sus cosméticos i que se limita a venderlos a los demás. Chile queda en calma. Se debaten cuestiones de trascendencia: el sufragio, que importa su porvenir político; la inmigracion, que importa su porvenir agrícola; el matrimonio, que importa su porvenir social. Hai allí combustible para una hoguera; pero, con el mar por un lado i las nieves por el otro, la antigua estopa de este pais ha llegado a hacerse incombustible. Caracoles es el rei de la situacion. Júpiter llue-

ve oro, nuevos bancos se levantan, nuevas ciudades se construyen, nuevos millones se manifiestan, i la caída de Dánae justifica la poca resistencia del país.

¿Hai gobierno? Se ignora. ¿Hai política. ¡Quién sabe! La palabra interpelación ha perdido su virtud magnética, i no consigue arrastrar a la barra del congreso una docena de desocupados. La cámara no se reúne, i no hai siquiera el poco práctico consuelo de poder imputar la responsabilidad de su indiferencia a los amigos de la administración. El barómetro marca variable. Jira la veleta, la brújula vacila, i es imposible conocer el viento que sopla i el rumbo a que se obedece. La tripulación no se inquieta sin embargo: olvida que en el mar hai promontorios, i se deja arrastrar por la corriente.

Los promontorios que preocupan son los de tierra firme. El Santa Lucía fija todas las miradas; i suspiran tristemente las provincias que carecen de un cerro en que hacer una esplanada i que carecen de lo suficiente para encargarse a los fundidores de Londres un mercado de hierro en que se venda la carne a precio de oro. A los antiguos deseos de reforma administrativa ha sucedido una exigencia ardiente de reforma arquitectural. Para el futuro está perdido el candidato que formule un programa de principios políticos i no presente un plano de injentes construcciones. Al intendente de Santiago cabe el honor de haber abierto esta época memorable, época que marca sin duda el nacimiento de la actividad administrativa pero de una actividad que, limitando su esfera de acción al desarrollo de tendencias suntuarias que a más de un espíritu han alarmado en esta capital, no se traduce en aumento de bienestar para la jeneralidad de sus habitantes i que haciéndola un pueblo de opulentos es impotente para hacer más barato el pan. Santiago tendrá un ancho camino que rodee su cintura, i una esplanada hermosa ceñirá su frente. A este fin, el público ha dado su dinero i la intendencia ha desplegado su vigor; pero si todos los años hai una queja contra el Estado porque invierte en la guardia cívica cantidades que podrían invertirse fructuosamente en la instrucción ¿por qué no lamentar que la intendencia olvide de una manera absoluta esta necesidad suprema mientras agota completamente sus recursos en esplanadas i mercados que como la guardia cívica nunca serán otra cosa que un objeto de lujo i de diversion?

Hecha a un lado la miseria, surcado el cerro de espirales, inaugurado el palacio del consumo, el centro de la ciudad es la mesa del avaro de la Escritura. Lázaro está a la puerta, i apenas si del espléndido festín se tiene el pensamiento de enviarle una migaja. Para adver-

tir que el arrabal es el inagotable proveedor del cementerio, ha sido necesario que la muerte amenazara destruir el arrabal. Se ha considerado útil la construcción de habitaciones para obreros; pero mientras los objetos de ostentación han llegado a ser una realidad, aquellas habitaciones son menos que un proyecto todavía: son apenas una idea.

Lázaro se ajita; i un fenómeno económico que en Chile ha principiado por la última capa de la costra social, ahora se propaga con una rapidez que tiene mucho de extraordinario. Hace un año, el país miraba con espanto la emigración en grande escala de los trabajadores agrícolas que se dirijian a las faenas del Perú, en donde se les ofrecia mas alimento, mas abrigo i mas salario. El gañan obedecia a su instinto como el ave que deja la sierra por el prado, como el árbol que prolonga sus raíces para buscar en las entrañas de la tierra los elementos de su sávia. El resultado no se hizo aguardar. Se reconoció por primera vez, pero basta con una vez, que el trabajo es un capital i que el gañan es un hombre, i se dieron garantías al capital i se dió al hombre pan blanco que comer i techo cerrado en que abrigarse. El movimiento se ha propagado; i como sucede con todas las fuerzas nuevas, indómitas en razón de su misma novedad, no ha sabido manifestarse de un modo conveniente. El gremio de tipógrafos de Santiago i Valparaiso está dispuesto a formular pretensiones excesivas que la condición natural de su trabajo i de las empresas impide satisfacer i que por ahora no harán mas que desacreditar un derecho i condenar una fuerza que, justa i verdaderamente ejercidos, son dignos de respeto i atención.

Cuando se observa este movimiento, ayer no mas en Europa indisciplinado; cuando se ven sus ramificaciones, que no por ser espontáneas dejan de ser universales; i cuando aunque en pequeña escala todavía se divisa su poder en países como Chile, en donde las miserias del trabajador europeo son desconocidas, es imposible dejar de reconocer que el jérmen de la revolución social está en la atmósfera del mundo i que las bases económicas de los pueblos civilizados están condenadas a modificarse, mas o menos pronto, mas o menos esencialmente, pero en todo caso fatalmente condenadas a una profunda modificación. Por felicidad, aquí, donde son lentos e incesantes los progresos, raras e impotentes las convulsiones, previsores i prudentes los ciudadanos, aquí se irá comprendiendo poco a poco que el despotismo del capital, como todos los despotismos, puede tener por consecuencia la anarquía del trabajo. Teóricamente todavía, pero mas vale de algun modo que de ninguno, ya se reconoce que las grandes estensiones en manos

de un solo propietario no producen los mismos resultados que las extensiones pequeñas en poder de propietarios numerosos. La actividad individual como la pupila de los ojos puede abrazar el horizonte en toda su superficie; pero contrayéndose a un punto determinado la actividad i la pupila, descubren detalles, perspectivas i condiciones que se escapan necesariamente en la contemplacion de los conjuntos.

Sin embargo, no todo es para el pobre olvido i abandono. La viruela, que llegó a tomar proporciones verdaderamente extraordinarias, va cediendo terreno con presurosa rapidez. Los enfermos encontraron ciencia i asistencia en los jóvenes alumnos de la Escuela de Medicina, i estos jóvenes alumnos han encontrado amor, respeto, admiracion i gratitud en el público de la capital. Están acuñándose las medallas que han de condecorar el pecho de los que han peleado esa batalla silenciosa que se establece a la cabecera del enfermo, i el Club de Setiembre les hace esta noche una manifestacion ménos espléndida que merecida.

Si hai algo que prueba la perfectibilidad del corazon humano i que muestra los jérmenes de virtud que la instruccion severa desarrolla en él, es la noble conducta observada por los que son todavía una esperanza en presencia de la muerte. El egoismo es el privilegio de la ignorancia que no comprende las atracciones del bien ni las repulsiones del mal. El médico principia desde sus primeros años a vivir con el cadáver en el anfiteatro de la escuela; pasea su vista por la sala silenciosa en que yacen postrados cien enfermos, cien enfermos que han perdido su individualidad i que no tienen mas nombre ni mas distintivo que el número pintado en cifras negras a la cabecera de su lecho. No divisa en la muerte mas que la descomposicion del organismo ni divisa en el dolor mas que la manifestacion de una perturbacion orgánica; i despues de llegar a esta materializacion completa del dolor i de la muerte, el médico tiene todavía dulzuras para calmarlo i lágrimas para sentirla. Miéntras tanto, el sepulturero, que alimenta de cadáveres las entrañas insaciabiles de la tierra, los mira con una indiferencia glacial, a pesar de que contempla en ellos la manifestacion incomprensible de un dedo misterioso que puede volver a sacarlos de la tumba. ¡El amor es hijo del espíritu! El sentimiento i la caridad son hijos de la razon!

Hé ahí el mes: el mes se abre con la noticia de tres víctimas i tres barbaries en el Perú, de una expedicion cuasi-filibustera que marchaba a hacer en Bolivia una nueva carnicería, i de un jefe revolucionario a quien se fusila en Venezuela; continúa con una completa indiferencia política, con una lamentable inaccion parlamentaria,



con una reprensible brusquedad del diplomático boliviano, con una ajitacion injusta de los obreros, con el restablecimiento del orden en e Perú, con el fracaso de la expedicion del jeneral Quevedo, con la desaparicion de Juarez, el gran americano que ha hecho imposibles en América las intervenciones de la Europa; i se cierra con la fuga de la viruela, con el renacimiento de la poblacion a su tranquila existencia de costumbre, i con merecidos honores tributados a unos cincuenta jóvenes que han enjugado mas lágrimas, aliviado mas dolores i prestado mas servicios al pais i a la humanidad durante la corta carrera de su vida, que esa multitud innumerable de egoistas que han vivido largos años creyendo que los hombres i las cosas se han hecho para su comodidad i su uso propio i que el sol, la luna i las estrellas se han hecho para la comodidad i el uso de la tierra.

FANOR VELASCO.

SEÑORES DON FANOR VELASCO I DON AUGUSTO ORREGO LUCO,

Presente.

Señores i amigos: Motivos esclusivamente personales me obligan a separarme de la empresa de la *Revista de Santiago* a que con Uds. he tenido el gusto de pertenecer.

Mi tiempo es indispensable para ocupaciones de otro jénero. No siendo hombre de letras, tengo necesariamente que ser hombre de negocios i Uds. saben que las letras están léjos todavía de ser negocio.

Queden Uds. con la propiedad esclusiva de la REVISTA, i aunque ella no les dé derechos para que figuren sus nombres en el libro de cuentas corrientes de los Bancos, déselo al ménos para que se inscriban en el catálogo de una Biblioteca.

Con consideraciones de aprecio, soi de Uds. afectísimo amigo.

ONOFRE GUZMAN

Santiago, agosto 12 de 1872.

SEÑOR DON ONOFRE GUZMAN,

Presente.

Mui señor i amigo nuestro: Aceptando las consideraciones que obran en Ud. para separarse de una empresa que no será nunca una empresa mercantil, nos vemos en el caso de manifestar a Ud. que para nosotros su separacion es tan sensible como era estimable su cooperacion.

De Ud. fué la idea de publicar la REVISTA DE SANTIAGO; Ud. organizó su distribucion, reunió sus primeros suscritores, e introdujo en sus pequeñas entradas i en sus pequeños gastos un orden i una regularidad sin los cuales hubiera sido imposible continuar su publicacion.

Agradeciendo a Ud. mui cordialmente sus trabajos, i deseándole una buena dosis de prosperidad, nos suscribimos de Ud. amigos sinceros i A. A. S. S.

FANOR VELASCO,—AUGUSTO ORREGO LUCO.

Santiago, agosto 17 de 1872.